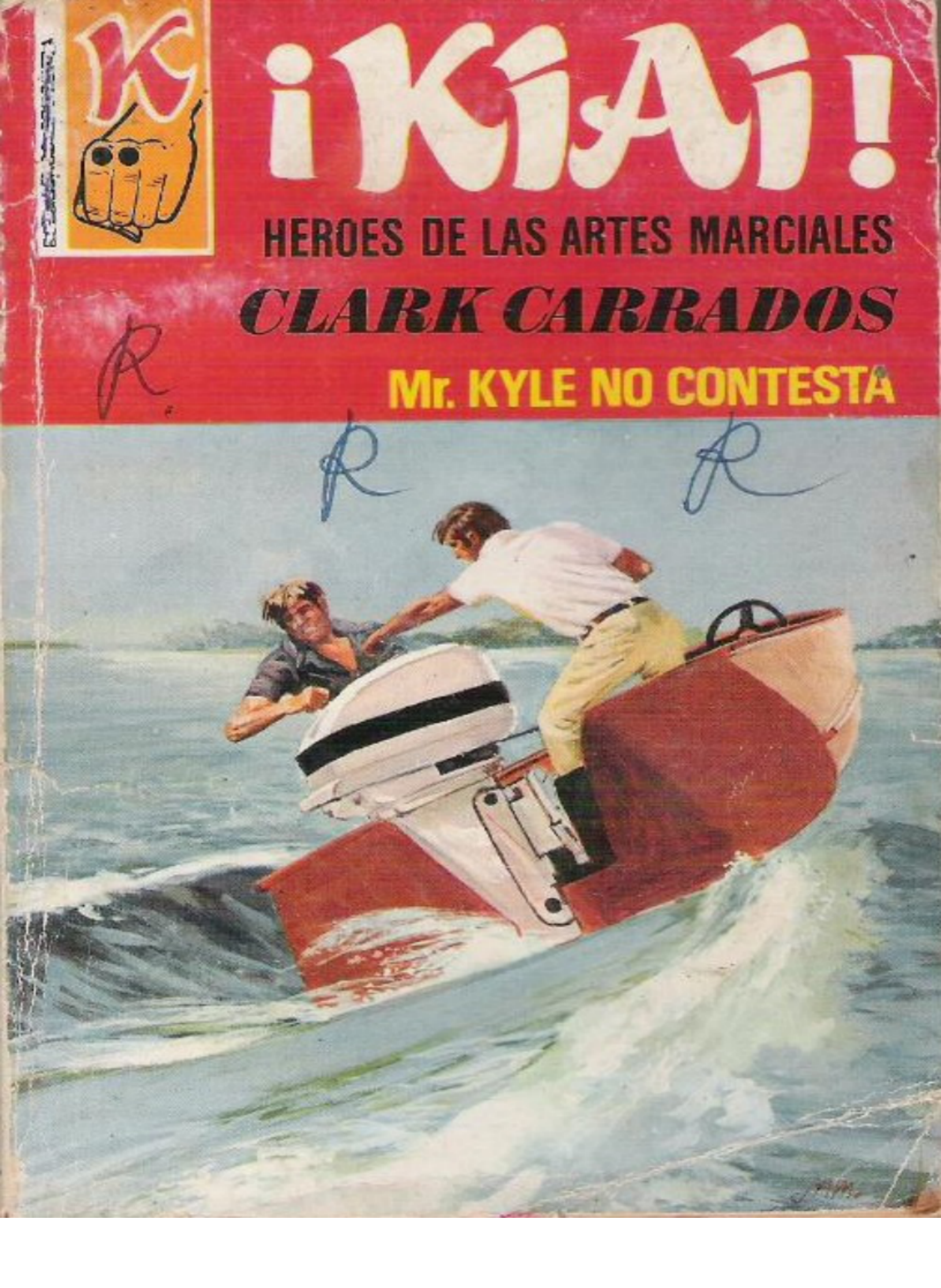


K
¡KIAI!
HEROES DE LAS ARTES MARCIALES
CLARK CARRADOS
Mr. KYLE NO CONTESTA

CLARK CARRADOS

MR. KYLE NO CONTESTA

Colección ¡KIAI! n.° 79
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTÁ — BUENOS AIRES — CARACAS — MÉXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

74. — Cinco discos de jade — *Curtis Garland*
75. — El dogal al cuello — *Clark Carrados*
76. — Los budokas asesinos — *Lou Carrigan*
77. — Petróleo a «go-go» — *Ralph Barby*
78. — Frío mortal — *Curtis Garland*

ISBN 84-02-04952-4

Depósito legal: B. 15.796 — 1978

Impreso en España — Printed in Spain

1ª edición: junio, 1978

© Clark Carrados — 1978
texto

© Jorge Sampere » 1978
cubierta

Documentación gráfica para la cubierta cedida por la SALA DE JUDO «SHUDOKAN»

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona — 1978

CAPÍTULO PRIMERO

Aquella noche, como otras muchas anteriores, Henry Morton Kyle, presidente, director y accionista principal de varias empresas de gran importancia y, por lo tanto, dueño de una más que regular fortuna, llegó a su lujosa mansión situada en el lugar más escogido de Long Island, y tras entregar el sombrero, el abrigo, los guantes y el bastón, a su fiel mayordomo Bates, se encaminó a su gabinete particular después de dejar una recomendación, repetida anteriormente en numerosas ocasiones:

—Estaré todavía trabajando un buen rato, Bates. Que no me moleste nadie, ni me pasen ninguna llamada, a no ser que resulte de verdadera urgencia. ¿Entendido?

—Bien, señor —contestó el mayordomo.

El señor Kyle se dirigió hacia la escalera, de historiado pasamanos de roble tallado, que comunicaba con el vestíbulo con los pisos superiores de la vivienda y ya había puesto el pie en el primer escalón, cuando, de pronto, se volvió hacia el servidor.

—En todo caso, Bates, la señora Farnhaddan juzgará la importancia de la llamada.

—Sí, señor.

La señora Farnhaddan, Eleanor de nombre, era el ama de llaves de Kyle y, al igual que Bates, persona de su mayor confianza.
Tranquilamente, sin demostrar la menor emoción, míster Kyle inició la ascensión hacia su gabinete privado.

Dicha pieza se hallaba en uno de los lugares más apartados de la mansión, construida de tal forma, que casi parecía un castillo medieval y en cuya decoración se había gastado míster Kyle una verdadera fortuna. Cuadros antiguos de las más valiosas firmas, armaduras, armas de todas clases, tapices, muebles auténticos... casi podía decirse que la mansión era un auténtico museo. Míster Kyle había demostrado, además, su buen gusto en la compra de las antigüedades para probar que ello no estaba reñido con el dinero.

Cuando ya llegaba al primer piso, le salió al paso el ama de llaves.

—¿Desea que le lleve algo para comer, si tiene apetito, señor? —consultó la señora Farnhaddan—. Una cafetera termo y algunos fiambres, por si se queda demasiado rato en su gabinete.

Míster Kyle fijó la vista en el ama de llaves, una mujer de treinta y dos años, de pelo castaño, cuidadosamente peinado en dos mitades, que se reunían en la nuca por medio de un brillante moño, y ojos oscuros y rasgados, y movió la cabeza negativamente. La señora Farnhaddan casi se sonrojó al sentir sobre sí lo que parecía peso tangible de la mirada del hombre. Era una mujer muy hermosa, de figura sumamente esbelta y ademanes distinguidos y reposados,

acerca de la cual opinaban muchos que, si volvieran los tiempos de la esclavitud y pudieran comprarse las personas nuevamente, se pagaría tina verdadera fortuna por Eleanor Farnhaddan.

A su vez, míster Kyle era un hombre de cuarenta y cuatro años, alto, fornido, agradablemente feo y con las sienes ya grises, lo cual aumentaba su encanto personal, en especial con las mujeres, con las que obtenía éxitos considerables según rumoreaban los que le conocían. Míster Kyle practicaba regularmente ciertos deportes no demasiado violentos, para mantener su buena forma física, y aunque no era un timorato ni un puritano, tampoco se le mencionaba como partícipe en escándalos y orgías.

—No, gracias, señora Farnhaddan —contestó míster Kyle al cabo—, no tengo apetito. He cenado con unos amigos y con ello tengo suficiente. Buenas noches, señora Farnhaddan.

—Buenas noches, señor.

Míster Kyle continuó su camino hacia el gabinete privado, situado en un torreón octogonal de la mansión y a la altura de una tercera planta, lo que significaba una altura de ocho o diez metros, desde el suelo de la estancia hasta el suelo exterior.

Para llegar al gabinete era preciso utilizar una escalera semicircular, amplia y cómoda. Dicho gabinete era la única pieza del torreón, en aquella planta, y disponía de tres ventanas en sendas caras de la estructura prismática del torreón.

La puerta se cerró y míster Kyle quedó solo en el gabinete. Una hora y media más tarde, se recibió una llamada telefónica en la mansión.

Bates atendió primero la llamada y luego pasó el teléfono al ama de llaves. La señora Farnhaddan se quedó estupefacta al conocer la inesperada noticia, ya que se trataba de un acontecimiento inimaginable y, tras unos segundos de reflexión, conectó el teléfono con el gabinete.

Pero míster Kyle no dio señales de haber oído la llamada. El ama de llaves insistió, sin conseguir el menor resultado.

—Míster Kyle no contesta —dijo al mayordomo, que aguardaba a unos pasos de distancia—. Subiré a decírselo en persona.

—Bien, señora Farnhaddan.

El ama de llaves corrió escaleras arriba. Al llegar a la puerta del gabinete privado, llamó con los nudillos, recibiendo como respuesta el silencio más absoluto. Al cabo de unos segundos, abrió la puerta y paseó la mirada por el exterior.

—¡Dios mío! —exclamó.

Un segundo después volvía a salir y, desde allí mismo, lanzo un grito:

—¡Bates, vea si el señor está en su dormitorio!

—Sí, señora Farnhaddan.

La respuesta del mayordomo resultó negativa. Ambos, ama de llaves y mayordomo, registraron la casa a fondo, sin encontrar el menor rastro de míster Kyle, que parecía haberse convertido en humo.

La policía, avisada, se personó en la mansión e inició un registro exhaustivo, con búsqueda de posibles pistas y exploración a fondo del jardín circundante, incluso con perros especialmente amaestrados. Todos los esfuerzos, sin embargo, resultaron inútiles. No había el menor rastro de Henry Morton Kyle.

Durante algún tiempo, la desaparición de míster Kyle fue objeto de innumerables comentarios en la radio, TV, diarios y revistas y, por supuesto, también en los medios financieros, de los que era miembro prominente. Pero al continuar la carencia de noticias sobre su paradero, el interés por míster Kyle empezó a ceder, hasta que se apagó por completo y ya nadie se preocupó por el personaje. Un humorista, sin embargo, acompañado de un buen músico, compuso una canción satírica, en la que se decía que míster Kyle había volado directamente al cielo y, naturalmente, los que están allí no se comunican con los de aquí abajo. «Por eso —decía una de las estrofas del estribillo—, cada vez que se le llama, míster Kyle no contesta.»

La canción tuvo un éxito más que regular y hasta llegó a situarse en el séptimo lugar del *hit-parade* de la época, pero, inexorablemente, le llegó el —final del olvido y, como el personaje que la había inspirado, pasó al desván de los trastos.

* * *

Aquella mañana, la atención de *Budd* Baxter se centró en una noticia que no tenía particularmente mayor interés. A fin de cuentas, todos los días se anunciaban próximos divorcios de personas que gozaban de cierta notoriedad y Angela Fetherman era lo suficientemente conocida como para que su divorcio no saltase a las páginas de chismes de los diarios.

El periódico traía, además, una fotografía de la aspirante a divorciada, una hermosa muchacha de veintitrés años, pelo rubio y una silueta que habría puesto verde de envidia la blanca piel de Venus Afrodita. La señora Fetherman, aparte de su fama como artista de *music-hall,* tenía otros motivos para que su nombre sonase de una manera especial. Casi siete años antes, había declarado ser la hija de Henry Morton Kyle, el financiero desaparecido tan misteriosamente, pero sus asertos no habían sido aceptados por los administradores de la fortuna del financiero, ya que, según manifestaron a la prensa, sabían perfectamente que Kyle era soltero y que, aunque ello obviamente no era obstáculo para tener hijos, sabían asimismo, con

absoluta seguridad, que era un caso que no se había dado en míster Kyle. El periodista mencionaba el detalle de pasada, sin hacer mayor hincapié en el asunto.

El verdadero interés de la noticia estribaba en el divorcio ya que, por otra parte, el esposo de la aspirante a divorciada era un notable promotor de espectáculos, precisamente el hombre, que la había llevado al estrellato. Steve Fetherman, en otro pasaje de la información, se quejaba amargamente de la ingratitud de su esposa. «Ahora que está en la cúspide, me deja tirado como un trapo», decía y, según el periodista, casi lloraba al proferir frases tan llenas de dolor y tristeza.

Budd Baxter recordaba el caso de la desaparición de míster Kyle, a pesar de que se había producido siete años antes y entonces aún no había fundado la Digest Press, agencia de recortes de prensa que constituía un negocio muy rentable. Pero, imaginándose que podía tener algunos antecedentes de Angie Fetherman en los archivos de la agencia, dejó el periódico a un lado y acercándose al muro opuesto, tocó un resorte, situado en un lugar solamente conocido por él y su fiel criado Tim Koye.

A los pocos segundos, Baxter, que tenía líneas directas de teléfono y TV con su agencia, contemplaba la cara cuadrada del director de la Digest Press, Denis Gray.

—¿Otra vez en campaña, Budd? —Gray conocía las aficiones detectivescas de Baxter, pero también sabía que éste no era un detective común y corriente, que aceptaba los casos que le eran propuestos por sus clientes, sino que actuaba en ocasiones que juzgaba de su interés y sin que el interesado se lo pidiera, sino más bien por afán de justicia y por hacer el bien a personas que podían hallarse en críticas situaciones, de las cuales no podían o no sabían cómo zafarse.

—En cierto modo, no... no todavía —sonrió Baxter, cuyo aspecto parecía vulgar y hasta inofensivo en ocasiones, pero del que pocos sabían que era un verdadero maestro en las Artes Marciales Orientales —. Pero he leído una noticia que ha avivado mi curiosidad.

—¿Nombre? —preguntó Gray, sin pestañear.

—Angie Fetherman.

—¡Ah, la artista del *music-hall!*

—La misma.

—Célebre por varios motivos su belleza, su hermosa voz, sus negativas a actuar desnuda... y por el suceso de que fue protagonista siete años antes, cuando, a los dieciséis, alegó ser la hija de míster Kyle.

—Exactamente, Denis.

—He leído los diarios de la mañana. Angie pide el divorcio.

—Sí, y su marido se queja amargamente...

Gray soltó una sonora carcajada.

—Todo el que pierde un diamante se queja —contestó—. Pero no tenemos apenas nada de ella.

—¿Lo dice en serio, Denis?

—Ni Angie ni Fetherman eran clientes de la agencia, aunque yo había hecho guardar algunos recortes sobre ambos. Pero no creo que lo que tengamos aquí pueda solucionarte ningún problema.

—En todo caso, ¿por qué no envías a una chica a las redacciones de los periódicos más conspicuos y le pides que fotocopie cuanto se refiera a la desaparición de míster Kyle? Anota los gastos en mi cuenta, Denis.

—Por supuesto. Los beneficios son una cosa y los gastos, aunque sean del dueño, son otra. Aquí...

—Sí, el que la hace, la paga —rió Baxter—. Anda, manda a la chica cuanto antes.

—De todos modos, puedo anticiparte algo sobre Kyle. ¿Recuerdas tú algún detalle del caso?

—Alguno, en efecto.

—Bien, en tal caso, sabrás que la noche en que desapareció míster Kyle estaba solo en su gabinete de trabajo, una estancia a la cual sólo se podía acceder por un sitio: la puerta de entrada. Las ventanas quedaban a diez metros del suelo y, en éste, en el que la tierra estaba blanda por las lluvias recién caídas, no se encontraron las huellas que sería lógico esperar, suponiendo que se hubiera descolgado por una cuerda. Pero tampoco aparecieron en los antepechos de las ventanas, las señales del roce de una cuerda, cosa que se habría encontrado, sin duda, en el supuesto que Kyle hubiese empleado ese método para desaparecer de su residencia. Ni siquiera se puede pensar en un helicóptero, provisto de una escala de cuerda, ya que la servidumbre en pleno declaró no haber oído el menor ruido de uno de dichos aparatos... y habría producido bastante estruendo, al situarse a pocos metros de los tejados de la casa. Kyle tenía mayordomo, ama de llaves, dos doncellas, chófer y jardinero, y todos ellos vivían en la mansión y sus declaraciones resultaron absolutamente coincidentes.

»La finca está rodeada por una alta tapia, coronada por una hilera de puntas de hierro, conectadas a una alarma muy buena. La verja era accionada, bien desde la mansión, bien desde la vivienda del jardinero, situada junto a la entrada. El jardinero y su esposa declararon no haber abierto a nadie, después de la llegada de Kyle a su casa, sobre las nueve de la noche, hora en que conectó la alarma, cosa que se hacía invariablemente después de que el dueño de la propiedad había regresado y no pensaba salir hasta el día siguiente.

»El jardín fue examinado, palmo a palmo, para el posible caso de un asesinato, con sepultura de la víctima en aquel lugar, pero tampoco

se encontró nada, a pesar de la actuación de perros amaestrados. En resumen, sobre las nueve y media de la noche, como digo, míster Kyle se encerró en su gabinete particular… y ya nadie ha vuelto a verle.

—En resumen, un caso clarísimo de conversión de una persona en humo —dijo Baxter.

—Puede que sea una metáfora, pero casi dan ganas de pensar en que fue realidad —sonrió Gray.

—¿Cómo se descubrió su desaparición? Si se produjo a altas horas de la madrugada…

—La desaparición se conoció sobre las diez y media aproximadamente. Kyle había dado orden, como hacía muchas veces, de que no le molestaran en absoluto y que, en el supuesto de recibir una llamada, el ama de llaves juzgaría su importancia y se la pasaría al supletorio del despacho. La llamada se recibió y el ama de llaves, estimando que era muy importante, hizo lo que solía hacer en anteriores ocasiones. Míster Kyle no contestó… y entonces fue cuando se supo su desaparición…

—¿Tenía esa llamada algo que ver con el caso?

Gray se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó—. La señora Farnhaddan, nombre del ama de llaves, declaró que la llamada procedía de Angie, la hija de Kyle y de la que no se había tenido la menor noticia hasta entonces.

CAPÍTULO II

Cuando salió de la estancia que Baxter denominaba cuarto de comunicaciones, Koye, su criado japonés, le aguardaba a unos pasos, con una paja de sorber refrescos sujeta por los labios. Koye estaba de perfil y, a su derecha, había una gruesa plancha de madera, apoyada contra la pared.

Baxter sonrió al comprender las intenciones del criado. Junto a él, había un aparador, sobre el que se divisaban varias estrellas de

diferentes formas, todas ellas con las puntas muy agudas y de bordes tan afilados como navajas de afeitar. Eran shuriken, arma empleada por los samurais, y que, en manos de un experto, podían causar estragos en el adversario.

Baxter tomó un shuriken, lo sopesó unos instantes y luego echó el brazo atrás, para disparar la estrella con toda la potencia de los bien entrenados músculos de su brazo derecho. La paja quedó limpiamente cortada a un centímetro de la boca de Koye, mientras la estrella se clavaba en la plancha de madera.

Koye aplaudió cortésmente.

—Bravo, señor —dijo, después de quitarse de los labios el cabo de la paja—. Ha sido una demostración increíble de habilidad...

—Y de sangre fría, Tim —sonrió Baxter—. Yo no sé si habría sido capaz de ocupar tu puesto. Se necesita mucho valor.

—Cualidad ciertamente no escasa en el ánimo del señor —dijo Koye, a la vez que se inclinaba profundamente.

Baxter puso las manos sobre sus rodillas y se inclinó también.

—Esa cualidad es común en ambos —contestó.

Y, en aquel instante, sonó el timbre de la puerta.

—Permítame, señor —dijo el criado.

Koye cruzó el gran salón, atisbo un instante a través de la mirilla y luego abrió la puerta. En el umbral, una hermosa mujer hizo una pregunta:

—¿Puedo hablar con el señor Baxter?

Koye se volvió hacia el aludido. Baxter hizo un gesto afirmativo.

—Entre, señora.

La mujer cruzó la puerta. Era alta, de agradable presencia, con un rostro sumamente atractivo, sobre todo por su bien cuidada cabellera castaña. Vestía con notoria distinción, pese a que sus ropas eran más bien modestas y, calculó Baxter, debía de andar ya muy cerca de los cuarenta años. Sin embargo, aquella figura habría dado envidia a muchas jovencitas con la mitad de los años de la desconocida.

—Soy Baxter —se presentó el dueño de la casa—. Tenga la bondad de sentarse, señora...

—Eleanor Farnhaddan, señor Baxter. Gracias por haber accedido a recibirme.

Baxter arqueó las cejas.

—¿El ama de llaves de...?

Eleanor sonrió ligeramente.

—Sí, la misma —contestó—. Veo que conoce usted la historia.

—Hizo mucho ruido, años atrás. Pero antes de seguir adelante, dígame si desea tomar algo, señora Farnhaddan.

—Café, por favor.

—¡Tim! —llamó Baxter.

—Sí, señor, al momento —respondió Koye.

—Muy bien, continuemos, señora Farnhaddan.

—Deseo que me ayude, señor Baxter. Me encuentro en una grave situación y tengo la seguridad de que usted podrá solucionar mi problema —manifestó la visitante. Baxter se asombró al oír aquellas palabras.

—¿Yo? ¿Por qué yo, señora Farnhaddan?

—Conozco su reputación. He leído algo en los periódicos sobre usted. Podría contratar a un detective privado, y los hay buenos en Nueva York, pero prefiero que sea usted el que se encargue del caso. No puedo prometerle nada ahora, pero si lo soluciona satisfactoriamente, estoy en condiciones de afirmar que satisfaré, sin regatear, su minuta de honorarios, por alta que resulte…

—Pero, señora…

Los ojos de Eleanor miraron penetrantemente el rostro de su interlocutor.

—Señor Baxter, ¿no le gustaría resolver el misterio de la desaparición de Henry M. Kyle?

En aquel instante llegó Koye con la bandeja y la conversación se suspendió momentáneamente.

Pasados unos minutos, Baxter ofreció un cigarrillo a su hermosa visitante, quien lo aceptó con toda naturalidad. Después de las primeras bocanadas, Baxter hizo una pregunta:

—Quiero conocer su opinión, señora Farnhaddan… —dijo—. Míster Kyle, ¿está vivo?

—Sí —contestó ella, rotundamente.

—¿Dónde?

—No lo sé. Nadie ha sabido nada más de él, desde aquel día.

—¿En qué razones se funda usted para afirmar que Kyle sigue vivo?

—Era un hombre con gran capacidad de trabajo, pero también le gustaba vivir. No se suicidó, se lo aseguro.

—Pudo ser asesinado.

—Tampoco. De todos modos, sé que está vivo y que conviene que se demuestre antes del once de junio de este año.

—¿Por qué esa fecha, precisamente? Faltan unas cinco semanas…

—El once de junio se cumplirán siete años de la desaparición de míster Kyle. Según la ley, se le dará oficialmente muerto.

—¡Oh, comprendo!

—Tiene una hija —añadió Eleanor.

—No fue reconocida como tal. Ni siquiera usted misma admitió que fuese su hija. —Tuve que declararlo así en aquella ocasión. La noticia de la aparición de Angie Kyle fue tan sorprendente para mí como para

el resto.

—Y ahora dice que sí es su hija... ¿Por qué?

—La he visto, como también la vi entonces. Es el vivo retrato de su madre.

—Pero Kyle no estaba casado...

—Tuvo una amante, y *yo* la conocía, pero ella ni siquiera me dijo que había concebido un hijo de sus relaciones con Kyle. Jamás supe que de esa unión había nacido una niña.

—De modo que conocía a la amante...

—Sí. Ella murió cuando la niña, según los cálculos que he hecho después, debía de tener unos seis años. Kyle la envió a Europa y allí permaneció en un internado, hasta que un día, harta, se escapó y vino a buscar a su padre. Llegó precisamente el mismo día de su desaparición y, lógicamente, no pudo verle. Los administradores de las empresas de míster Kyle se negaron a reconocerla como su hija.

—Y usted, si conocía a la madre, ¿por qué negó también el parentesco?

—No podía hacer otra cosa. La madre ni siquiera me había dicho que tuviera una hija.

Nunca lo mencionó, ni cuando estaba en su lecho de muerte.

—¿Se avergonzaba de lo sucedido?

—Sí —admitió Eleanor—. Todavía hay personas para las cuales un nacimiento ilegitimo es causa de vergüenza y deshonor. La madre de Angie no quiso comunicar a ninguna persona de la familia y murió sin que ninguno lo supiéramos.

—¡Ah! Entonces, usted era familiar de la madre de Angie.

—Sí.

—¿Lo sabe Angie?

—Sí.

—¿Cuál es esa relación familiar, señora Farnhaddan?

—La madre de Angie y yo éramos hermanas.

Hubo un instante de silencio. De pronto, Baxter notó que Koye, en la puerta que comunicaba con las habitaciones, le hacía señas disimuladas.

—Dispénseme un momento, señora Farnhaddan —rogó, a la vez que se ponía en pie.

—Venga conmigo, señor —dijo Koye, cuando el joven hubo franqueado aquella puerta.

El criado le condujo hasta una ventana, desde la que se divisaba un buen trozo de la Quinta Avenida. Al otro lado, junto a la acera, que formaba el límite del Parque Central, había un coche negro, ocupado por dos individuos.

—Están ahí desde que llegó la señora Farnhaddan —informó Koye

—. Miran hacia aquí con mucha frecuencia y he creído conveniente informar al señor de lo sucedido. —Gracias, Tim. No los pierdas de vista.

—Bien, señor.

Baxter volvió al salón.

—Señora Farnhaddan, tengo que decirle algo que, seguramente, no va a gustarle — manifestó.

Ella le dirigió una mirada inquieta.

—¿Sucede algo malo? —preguntó.

—Lo siento muchísimo. No puedo acceder a su petición.

—Pero...

—Por favor, señora, le ruego que no insista —declaró el joven, con firme acento.

Eleanor, despechada, se puso en pie y recogió su bolso.

—Temo que habré de rectificar la opinión que me había formado de usted —dijo fríamente.

Baxter no contestó de forma directa.

—¿Tim?

—¿Señor? —respondió el criado al instante.

—Acompaña a la señora Farnhaddan. ¡Buenos días, señora!

Eleanor se marchó, taconeando vivamente. Baxter corrió hacia la ventana y miró hacia la calle.

Pocos minutos más tarde, vio salir a la mujer y detenerse al borde de la acera para tomar un taxi.

El coche negro dio la vuelta y se situó a prudente distancia del vehículo, siguiéndolo con toda discreción. Baxter no sintió el menor temor por la suerte de Eleanor.

Alguien, se dijo, habría contratado a unas personas para que siguieran a la señora Farnhaddan a cualquier parte que se moviese. Incluso era posible que le hiciesen preguntas sobre los motivos de la visita a Baxter, pero sus respuestas resultarían absolutamente sinceras.

Y, por el momento, no quería que nadie supiese que, contra lo manifestado, sí pensaba en ayudar a Eleanor Farnhaddan.

Pero antes, se dijo, debería conseguir una entrevista con la hija de Kyle. Y, para ello, lo mejor era acudir al Phoenix, lugar en el que actuaba y del que muy pronto se iba a despedir, una vez cancelado su contrato con el dueño y agente artístico suyo, que también era su esposo y del que iba a divorciarse muy en breve.

* * *

Todavía resonaban en la sala los aplausos con que había sido premiada la actuación de Angie Fetherman, conocida artísticamente por El Ángel de Plata, cuando se abrió la puerta del camerino y su

ocupante entró, con gran revuelo de plumas y siseo de tules y gasas. Angie se quitó el enorme penacho de plumas, plateadas artificialmente, lo dejó a un lado, y entonces fue cuando reparó en el visitante que se hallaba sentado en un rincón penumbroso.

El rostro del intruso era apenas visible. La luz alumbraba más bien la mitad inferior de su cuerpo, lo que permitía ver el cigarrillo humeante que sostenía en la mano izquierda y las piernas cruzadas indolentemente. Angie se puso muy furiosa al verle.

—¿Qué hace aquí? —exclamó—. Salga inmediatamente o haré que le echen de mala manera.

—Entonces no oirá las cosas interesantes que tengo que decirle, señora Fetherman.

Aunque pronto, según mis noticias, será usted la señorita Kyle —respondió Baxter.

—¡Kyle! —respondió la joven—. ¿Cómo sabe usted...?

—Sé también que usted es hija de Henry Morton Kyle, desaparecido hace siete años, pero a la que nadie quiere reconocer como tal. Si no la reconocieron como hija de Kyle, ¿cuál sería el apellido que debería adoptar? ¿Seguiría con el de Fetherman, aunque se hubiese divorciado de su esposo?

Angie se mordió los labios.

—Ahora resulta que el canalla de mi marido no quiere concederme el divorcio — contestó.

—Se daba por hecho...

—Sí, pero hoy se ha vuelto atrás de su decisión. Aún no hace dos horas que me lo ha comunicado... No sé cómo he tenido humor para actuar... Pero, todo eso, ¿qué diablos puede importarle a usted?

—Quizá conozca usted a Eleanor Farnhaddan. Hoy vino a visitarme a mí casa. Era hermana de su difunta madre.

—Vaya, con la buena tía Eleanor —dijo Angie, sorprendida—. Hacía tiempo que no sabía de ella. ¿Qué le ha dicho?

—Eleanor cree firmemente que es usted la hija de Kyle... ¿Cuál es su opinión personal?

—Lo soy —contestó la muchacha, orgullosamente—. Mi padre me lo dijo infinidad de veces...

—Cuando estaba en el internado, en Europa.

—Sí.

—Usted estuvo alrededor de nueve años en el internado. En ese tiempo, ¿no recibió cartas de su padre, que servirían ahora para probar el parentesco?

—No. Nunca me escribía. Ni siquiera para Navidades. Telefoneaba o, si hacía algún viaje a Europa, venía a visitarme. Jamás tuve en las manos nada escrito por él; ni un cheque de cinco dólares.

Angie entró detrás de un biombo y empezó a desvestirse.

—Pero él me lo dijo y me lo repitió infinidad de veces —añadió—. Yo era su hija y cuando él muriese su fortuna sería para mí. Murió el día en que yo llegaba a su casa… y tuve que ponerme a trabajar, y menos mal que he tenido bastante éxito. Salvo en el matrimonio con ese bastardo de Fetherman.

—La gente, a veces, comete errores. Pero si se conserva la memoria de esos errores, ya no vuelven a cometerse —dijo Baxter sentenciosamente.

—¡Hum! —dudó la artista—. Conozco montones de chicas que se han casado, se han divorciado, se han vuelto a casar… En ese asunto lo que importa, más que nada, es la suerte, señor… Oiga, ¿sabe que todavía no me ha dicho su nombre, tipo curioso?

—*Budd* Baxter, señora Fetherman. Usted tampoco me ha dicho qué apellido usará, si decide no emplear el de su esposo y resulta que no puede llamarse Kyle.

—Coughlin. Era el apellido de soltera, tanto de mi madre como de mi tía Eleanor.

CAPÍTULO III

Angie salió del biombo y se sentó tras el tocador, para quitarse el espeso maquillaje de trabajo. Al terminar, se retocó un poco los labios, se pasó un cepillo por el pelo, que dejó suelto, y se puso en pie.

—De modo que mi tía ha estado a verle —dijo.

—Sí.

—¿Por qué?

—El día once de junio próximo, y estamos a principios de mayo, se cumplirán los siete años de la desaparición de su padre. Entonces, se podrá instar la declaración de muerte legal, y una vez conseguida, su fortuna pasará a poder de quien alegue mayores derechos sobre ella. El estado, por supuesto, se llevará una buena tajada, pero aún quedará lo suficiente para que alguien se considere muy rico, sobre todo, teniendo en cuenta que las empresas de su padre, pese al lógico bajón ocurrido en los primeros tiempos de su desaparición, han seguido funcionando a pleno rendimiento. Esa fortuna podría ser para usted... si consigue demostrar plenamente que es la hija de Kyle.

Angie separó los brazos del cuerpo.

—No tengo más pruebas que mi palabra... y la de tía Eleanor —declaró.

—La cual, por cierto, en aquel entonces, manifestó que usted no era hija de Kyle.

—Aún desconozco sus razones, si bien luego afirmó todo lo contrario y me reconoció como hija de su hermana y de Henry M. Kyle. Pero no, no hay ninguna prueba...

—¿Qué me dice del registro civil?

—Fui inscrita con el apellido Coughlin; hija de Margaret Ann y de padre desconocido.

Baxter meneó la cabeza.

—Esto se pone feo —comentó—. Oiga, permítame todavía una pregunta.

—Sí, claro.

—Usted tenía dieciséis años cuando volvió de Europa. Estaba en un internado... Tuvo que salir de allí sin permiso y un viaje de Europa a Estados Unidos no se hace con media docena de francos.

Angie sonrió.

—Tenía una amiga íntima, de mi edad, a la cual había contado mi historia. Ella disponía siempre de dinero en abundancia. El padre de Susan McDerry era también un potentado, y cuando le conté mis planes, porque me sentía harta del internado y no veía claro cuándo iba a salir de allí... Mi padre siempre me daba largas, ¿comprende?

Bueno, Susan me prestó el dinero y un buen día salté por la tapia y volví a casa. Esa es la historia, señor Baxter...

—Budd, se lo ruego —sonrió él.

—Gracias. Oiga, supongamos que se consigue la declaración de muerte legal de mi padre, sin que yo haya podido probar que soy su hija. ¿Quién se llevaría la *pasta,* aparte de lo que el estado reclame como suyo?

—En primer caso, habrá que investigar si existe un testamento. Si existe, será preciso atenerse a las últimas disposiciones del legalmente declarado difunto. Si no es así... Debe de haber socios, accionistas... No sé; estas cosas resultan siempre muy complicadas, no sólo porque está en juego una gran cantidad de dinero, sino porque cuesta muchísimo atribuir su propiedad a determinada persona o grupo de personas.

—En resumen, puedo quedarme como estoy —dijo Angie, sonriendo forzadamente.

—No resultaría extraño. En realidad, le aconsejo que no se haga demasiadas ilusiones.

—No me las hago —contestó ella, rápidamente—. Por fortuna, estoy subiendo y ya tengo un contrato en perspectiva, que dobla las condiciones del que me ata todavía a mí esposo. Steve podrá no concederme el divorcio, pero no conseguirá que prorrogue el contrato, ni aunque mejorase el que me han ofrecido.

Angie volvió a mirarse al espejo un instante y luego se volvió hacia el visitante.

—Tengo que marcharme ya —anunció.

—¿Me permite que la acompañe? —solicitó Baxter.

—No hay inconveniente. Sólo que... dígame una cosa, Budd. ¿Qué espera usted sacar de todo este asunto, suponiendo que llegue a buen puerto? ¿Dinero?

—Eso no es cosa que deba preocuparla, Angie. Olvídese de la palabra dinero hasta el once de junio.

—Bueno, si lo dice así... Espere, voy a coger mi bolso...

Angie cruzó el camerino y abrió un armario ropero de gran tamaño, que cubría todo el lienzo de pared. Entonces, algo cayó sobre ella, derribándola al suelo.

La joven chilló agudamente. Baxter se quedó paralizado por el asombro al ver que Angie estaba debajo del cuerpo de un hombre que, hasta entonces, había permanecido oculto en el armario,

Inmediatamente, saltó hacia el individuo, furioso por saber que alguien había escuchado el diálogo sostenido con la artista. Agarró al sujeto por el hombro izquierdo y le dio la vuelta. Al quedar boca arriba, divisó la pequeña mancha roja, circular, que aparecía en el

centro de la pechera de su camisa.

Angie estaba todavía caída, aunque ya apoyada en el suelo con ambas manos. Sus ojos se desorbitaron al reconocer al muerto.

—¡Dios mío! —exclamó—. Es Steve, mi esposo...

* * *

Baxter se arrodilló junto al caído y examinó con suma atención la herida que se debía, supuso casi en el acto, a un punzón de picar hielo. La aguja, seguramente, había traspasado el corazón, causando la muerte instantánea.

—Budd, yo no he sido, yo no he sido... —dijo Angie, temblando de pies a cabeza—. Ni siquiera sabía que estuviese aquí... ¡No he sido yo, no he sido yo...!

Baxter se dio cuenta de que la joven estaba al borde de un ataque de nervios. Pasó por encima del cadáver, la agarró por la cintura y la hizo ponerse en pie.

—Angie, escúcheme bien. Conserve la calma, no grite, no alce la voz para nada. Calma, calma... —insistió una y otra vez.

Ella le miraba con ojos muy abiertos. Baxter la sacudió por los hombros.

—¿Gritará?

—Ha... haré lo que me diga... —tartamudeó la artista—. Pero... Steve, muerto... ¡Oh, es horrible...!

—Angie, nada de lo que diga o haga le devolverá la vida. Y si grita, cosa que alguien está esperando, la acusarán de asesinato. Le resultaría muy difícil probar su inocencia, ¿comprende?

—Sí, pero...

—Steve iba de concederle el divorcio, pero hoy, inesperadamente, se ha vuelto atrás. ¿Lo ha dicho en presencia de testigos?

—Sí, Bumgey Thurn, el *manager,* y Chess Roganti, el *maître.* ¡Oh! Cuando descubran el cadáver, Thurn y Roganti testificarán...

—¡Silencio, no siga! —cortó Baxter imperativamente—. Recoja el bolso, Angie.

La muchacha obedeció de forma casi maquinal. Baxter cargó con el cadáver y volvió a colocarlo en el armario, cuya puerta cerró cuidadosamente. Luego se dirigió hacia la del camerino, abrió y oteó el pasillo.

—Vamos, Angie —murmuró,

Ella le siguió en el acto. En alguna parte, pensó Baxter, había alguien esperando a que Angie prorrumpiera en chillidos histéricos, que luego serían tomados como un intento de enmascarar el crimen cometido por la propia esposa, despechada a causa de no conseguir el divorcio.

Mientras caminaban hacia la puerta de artistas, Baxter se sentía muy furioso. «Me está bien empleado, por tratar de hacer el quijote, en un asunto que apenas me interesa. Por los bellos ojos de Eleanor Farnhaddan, he venido a ver a su sobrina... y como nos descuidemos, acabaremos los dos en la cárcel, acusados de homicidio en primer grado», pensó, rabioso.

Abrió la puerta y tiró de la mano de Angie. Había una escalera de seis peldaños hasta el suelo del callejón. Cuando terminaron el descenso, dos sombras se materializaron delante de la pareja.

—¿Tienen prisa? —preguntó uno de los sujetos.

Al mismo tiempo, sacudía la mano derecha y hacía chasquear una navaja automática. El otro empezó a maniobrar, para situarse a espaldas de Baxter.

—No, no tienen prisa —dijo el segundo—. Vamos, vuelvan ahí adentro y esperen un ratito.

Entonces, Baxter comprendió que alguien había situado a los dos sujetos en el callejón, para cubrir la eventualidad de una posible fuga de Angie. Inmediatamente, se dispuso a actuar.

El segundo de los hampones estaba moviéndose todavía cuando, inesperadamente, el brazo derecho de Baxter giró en semicírculo horizontal, como si fuese un garrote. La muñeca alcanzó el lado derecho del cuello del rufián, quien salió instantáneamente despedido hacia la pared del edificio. Chocó con terrible violencia, rebotó y cayó de bruces al suelo.

El otro se lanzó hacia adelante, utilizando la navaja como si fuese una espada. Baxter adelantó el brazo izquierdo, moviéndolo hacia adentro, a la vez que giraba un poco y retrocedía medio paso. La navaja pasó inofensivamente por su costado derecho. Alzó el codo de este lado y la boca del matón se encontró, repentinamente, con este inesperado obstáculo.

El matón retrocedió, tambaleándose. Baxter le golpeó el tórax con los dedos de punta, dejándole sin respiración. El hombre cayó de rodillas. Había perdido la navaja, pero, todavía consciente, tanteó el suelo para buscarla de nuevo.

Baxter le dejó que pusiera los dedos sobre el arma. Entonces alzó el pie y su tacón golpeó cruelmente aquellos nudillos.

Un grito de agonía se escapó de los labios del matón. Baxter remató la tarea con un fenomenal rodillazo que aplastó los labios de su adversario como si fuesen pulpa de naranja. El hombre gimió y cayó de costado, totalmente vencido.

Entonces, Baxter oyó un grito de advertencia:

—¡Cuidado!

El joven se volvió. Aún tenía Otro enemigo.

El matón que había recibido su primer golpe, recuperado, tornaba

a la carga, provisto de unos nudillos de acero. Baxter le dejó disparar el brazo, pero cuando el puño llegaba ya a su pecho, alargó ambas manos, asió el puño con presa de hierro, y retorció, seca y rápidamente, la muñeca.

Unos huesos crujieron aterradoramente. De la garganta del matón brotó un gemido de angustia. Baxter lo agarró por un hombro y lo hizo girar en redondo. Luego, poniéndole la derecha en la nuca, lo empujó con todas sus fuerzas hacia adelante.

Angie se estremeció al oír el ruido que hacía la cara del sujeto en el momento del choque contra la pared. Baxter se apartó y dejó que el matón cayera al suelo, tan sin sentido como su compinche.

Luego se volvió, miró a la muchacha y sonrió en la tenebrosidad del callejón.

—Creo que estos dos tipos tardarán algún tiempo todavía antes de molestar a las personas decentes.

—Pero… ¿por qué nos atacaron? —preguntó Angie, todavía no repuesta de la impresión sufrida.

Baxter la empujó hacia la luz.

—Usted tenía que gritar, al ver a su esposo muerto. Pero también podía suceder que escapase corriendo, sin dar a la publicidad lo ocurrido. Estos dos matones habían sido apostados ahí para cubrir esa posible escapatoria —respondió.

—En resumen, tengo que aparecer como culpable de la muerte de Steve —dijo ella.

—Sí.

—Ahora, cuando se descubra el cadáver, la policía empezará a buscarme…

—Tal vez sí, tal vez no…

—¿Cómo?

—Esperemos a mañana. Los periódicos dirán algo, Angie.

—La noticia del crimen se esparcirá muy pronto.

—Lo sé. —Ya estaban junto al coche de Baxter y éste abrió la portezuela de la derecha—. Entre ahí —invitó.

Angie se sentó. Baxter pasó al otro lado, ocupó su puesto y dio el contacto.

—Puede suceder una cosa y, no me gusta dármelas de adivino, pero creo que sucederá —dijo, tras haberse separado de la acera.

—¿Qué quiere decir, Budd?

—Muy sencillo. Si usted escapa y nadie conoce su paradero, es muy posible que los autores del crimen se preocupen mucho de ocultarlo. Faltos del culpable ideal, que es usted, ¿a quién le van a cargar el muerto, valga la expresión nada respetuosa?

Angie se mordió los labios.

—Sí, quizá tenga razón, pero, en todo caso, ¿por qué lo han matado? —preguntó—. Que yo sepa, no tenía enemigos de peso...

—*Quizá* sí tenía un enemigo, Angie.

—¿Quién, Budd?

—La fortuna de Henry Morton Kyle —respondió Baxter.

Ella guardó silencio durante algunos minutos. Al cabo de un rato, quiso saber adónde se dirigían.

—A mi casa, en donde, hasta que mejore la situación, ocupará usted una de las habitaciones de los huéspedes —dijo el joven.

CAPÍTULO IV

Eleanor Farnhaddan parpadeó de asombro cuando se vio frente al hombre a quien había visitado inútilmente la víspera.

—¡Usted! —exclamó.

—Sí, yo mismo —sonrió Baxter—. ¿Puedo pasar?

—Después de su negativa…

—Tenía motivos para negarme a ello. Apostaría algo a que recibió una visita por la tarde, o quizá por la noche —dijo Baxter.

—Sí. ¿Cómo lo sabe usted? —exclamó Eleanor, estupefacta.

—Se lo contaré después. Pero todavía estoy en el pasillo…

—¡Oh, dispense, señor Baxter! Entre, se lo ruego. ¿Quiere una taza de café?

—Acepto encantado —dijo el visitante.

Baxter estudió, discretamente la decoración de la vivienda, modesta, pero con detalles que evidenciaban el buen gusto de su ocupante. Eleanor se había retirado a la cocina y volvió a poco con el servicio de café.

—¿Azúcar? —consultó.

—Un terrón, gracias. Dígame, ¿cómo se portó su visitante? ¿O fueron más de uno?

—Sólo uno… —respondió la mujer—. Y aunque no se puede decir que se anduviera con rodeos, la verdad es que se portó muy correctamente.

—¿Qué le dijo?

—Doscientos mil dólares por mi inactividad, o… una caja de madera, o quizá de cemento, y todo ello sin perder la sonrisa ni la compostura un solo segundo.

—¿Dio su nombre?

—No.

—Descríbamelo, por favor.

—Bien, era joven, un año o dos más que usted, medio palmo más de estatura, fornido… Habría resultado guapo de no ser por la cicatriz que le parte la cara, desde la comisura izquierda de los labios, diagonalmente, hacia el cuello. Pelo oscuro y ojos muy azules, más que los suyos.

Baxter sonrió.

—Es buena observadora —comentó—. Si Caracortada estuvo aquí, es evidente que la siguió, pero más evidente todavía que sabía sus planes.

—¡No los había comentado con nadie! —exclamó Eleanor.

—Tuvo que hablar con alguien. Usted comentó con alguna persona sus propósitos. Dígame su nombre.

Eleanor meneó la cabeza.

—Parece mentira… Señor Baxter, le juro que la única persona a quien mencioné el asunto fue Marvin Sangster.

—¿Quién es el tal Sangster?

—Era el abogado personal del señor Kyle. Yo conocía la amistad

que existía entre ambos, en el pasado, y se me ocurrió plantearle el caso. Sangster fue el que me aconsejó que buscase a un buen detective privado. Dejé pasar unos días, meditando sobre la persona más adecuada, hasta que le encontré a usted. Recordé haber leído en los periódicos cierto caso…

Baxter alzó la mano.

—Por favor, no siga —cortó, sonriente—. Señora Farnhaddan, si Sangster y Kyle eran buenos amigos, ¿cabe la posibilidad de que el primero se ocupase del testamento del segundo?

—Sí, seguramente, aunque éste es un asunto, como puede comprender, que el señor Kyle no iba a comentar conmigo.

—¿De veras?

Eleanor se sonrojó.

—¿Qué quiere decir?

—Señora Farnhaddan, usted vino a buscarme, porque necesitaba mi ayuda. Al menos, sea franca conmigo, por favor. Usted era el ama de llaves de míster Kyle; pero hace siete años y todavía sigue siéndolo, era muy hermosa. Kyle era soltero. ¿Puede jurar que jamás estuvo en su dormitorio?

Ella desvió la mirada a un lado.

—Sí —murmuró—. Éramos amantes. Pero nadie lo sabía…

—Bueno, eso no tiene la menor importancia… y todavía estoy por ver la mansión en la que el dueño, soltero o viudo, y de buen ver todavía, y el ama de llaves o sirvienta de semejante categoría, si es hermosa, no acaban teniendo un lío… y no hay servidumbre que no acabe sabiéndolo aunque, por propia conveniencia, callen. Pero su apellido de usted es Coughlin, ¿verdad?

—Sí. ¿Se lo ha dicho mi sobrina?

—Dejemos a Angie fuera del asunto, por el momento. ¿Por qué usa usted el apellido Farnhaddan?

—A decir verdad, soy soltera… Lo era, cuando entré al servicio de míster Kyle. No puedo decir que no haya tenido pretendientes, pero nunca me sentí inclinada a atarme definitivamente a un hombre. Por eso me puse una alianza en el dedo anular y adopté el apellido de mi madre. Ahora ya lo sabe todo.

—Casi todo —sonrió Baxter—. ¿Qué le dijo usted a Caracortada cuando le hizo la proposición de los doscientos mil dólares o el cajón de cemento?

—Bien, lo que le dije fue que sí, efectivamente, había estado con usted, pero que se había negado a aceptar mi caso. Como yo lo creía sinceramente en aquel momento, él me creyó a mí también, aunque añadió la oferta que ya conoce usted, para evitar, dijo, la tentación de buscar a otro investigador. Y puesto que no podía hacer nada por el

momento, fingí aceptar... ¿Qué le digo, si vuelve?

—Lo mismo. Haga creer que se contenta con los doscientos mil. Por cierto, ¿le fijaron una fecha para la entrega del dinero?

—El doce de junio de este año.

—Sí, y el once se cumple el séptimo aniversario de la desaparición de míster Kyle. Si vuelve Caracortada, repito, haga lo mismo que ayer.

—De acuerdo.

Baxter se levantó y caminó hacia la puerta.

—Señora Farnhaddan...

—¿Sí? —dijo ella.

—Con sinceridad. ¿Cree que míster Kyle está muerto?

—No. Pero estos siete años he estado pensando, no ya cómo pudo marcharse de la casa, sin ser visto, sino dónde ha podido esconderse, tan bien, que no ha podido ser encontrado.

—¿Y no se ha preguntado también por qué la abandonó?

—Para esa pregunta aún no he encontrado la respuesta —contestó Eleanor con voz átona.

Baxter hizo un gesto con la cabeza. Sí, Kyle se había esfumado, pero, ¿cómo? ¿Adónde se había marchado? ¿Qué le había impulsado a abandonar una serie de negocios evaluados en muchas decenas de millones de dólares? Había tenido una amante joven, hermosa y apasionadamente enamorada de él... y también tenía una hija, y a las dos había abandonado igualmente. ¿Qué extraño impulso le había hecho volver la espalda a cuanto tenía, no sólo monetariamente, sino en afectos personales?

Aún seguía sin encontrar, como Eleanor, una sola respuesta adecuada, cuando llegó a su casa. Quería telefonear a Sangster y su propio teléfono era mucho más seguro, decidió.

Angie estaba ya levantada y le recibió ansiosamente.

—¡Los diarios no dicen nada de la muerte de Steve! —exclamó.

—En este aspecto, al menos, fallaron el golpe y han preferido no comprometerse — contestó él—. Permítame Un momento, por favor.

Baxter levantó el teléfono y marcó el número del abogado Sangster. Una oficiosa secretaria le dijo que el abogado estaba fuera de la ciudad y que no regresaría hasta el día siguiente. Baxter pidió hora para una entrevista, la secretaria lo anotó en su agenda y el teléfono volvió a su sitio.

—Bien, y ahora...

Pero no tuvo tiempo de seguir hablando. Alguien llamaba a la puerta.

Koye cruzó el salón y, como de costumbre, oteó a través de la mirilla. De pronto, se volvió muy agitado hacia el dueño de la casa.

—La policía —cuchicheó.

Baxter respingó, mientras Angie se sentía a punto de desmayarse. Pero el joven reaccionó antes y empujó a Angie hacia la pared. Los ojos de la artista se desorbitaron al ver que la mitad del muro se descorría silenciosamente a un lado.

—Entre ahí, permanezca quieta y no alce la voz por nada del mundo —susurró.

Angie obedeció como si estuviera bajo el influjo de una pesadilla. Cuando el salón hubo recobrado su aspecto normal, Baxter agitó una mano y Koye abrió, en el preciso instante en que alguien pulsaba nuevamente el timbre.

* * *

Los policías eran tres, dos de los cuales vestían de uniforme. El que iba de paisano, se presentó como sargento Dwaine.

Baxter procuró dominar la sorpresa que le producía la presencia de aquellos tres individuos en su casa.

—¿En qué puedo servirle, sargento? —preguntó cortésmente.

—Tenemos noticias desagradables respecto a usted, señor Baxter —manifestó el interpelado—. Anoche se cometió un asesinato y hay un testigo, por lo menos, que asegura haberle visto a usted en compañía del presunto homicida, una mujer, para ser más exactos...

—¿Yo? Sargento... ¿quién le ha contado semejante infundio?

—Le diré, señor Baxter. La víctima era Steve Fetherman, dueño del local denominado Phoenix, y promotor y agente artístico, además. Se cree que el crimen fue cometido por su esposa, despechada porque Fetherman se negaba a concederle el divorcio. He de añadir que Fetherman, en un principio, había accedido a la separación, pero después, por razones que aún no conocemos, varió de opinión. Entonces, suponemos que la señora Fetherman, furiosa, le dio muerte.

—¡Oh, resulta comprensible...! Pero es que yo no estuve anoche en el Phoenix, sargento.

—¿De veras? Hay testigos que podrían identificarle como el hombre que estuvo con la señora Fetherman en su camerino.

—Bueno, mi aspecto es más bien correcto, sargento —sonrió Baxter—. Y yo, a mí vez, podría presentarle media docena de personas que atestiguarían que estuve en su compañía hasta las tantas de la madrugada. Una partida de póquer entre amigos.

Dwaine torció el gesto.

—A pesar de todo... ¿Nos permite que registremos su casa? Sólo un mero trámite, por supuesto.

Baxter extendió una mano.

—Adelante, sargento —invitó—. Jamás se me ocurriría oponerme a

la acción de los representantes de la ley. Pero dígame, se lo ruego… He leído los diarios de la mañana y no he visto ninguna noticia relacionada con la muerte del señor Fetherman.

—¡Oh! De momento, mantenemos oculta la noticia, a fin de practicar investigaciones sin temor a ser molestados.

—Ya comprendo. Gracias, sargento.

Los policías empezaron a moverse por el interior del apartamento. Al cabo de unos minutos Dwaine se reunió con el dueño de la casa.

—Disculpe las molestias, señor Baxter —dijo con una sonrisa—. Creo que, efectivamente, los testigos estaban equivocados.

—Siempre es satisfactorio verse libre de sospechas, sargento —contestó el joven—. Pero ¿de veras cree que fue ella la que mató al señor Fetherman?

—Sin ningún género de dudas, señor —respondió Dwaine, enfáticamente—. Bien, gracias por su cooperación, señor Baxter.

Los policías se marcharon. Baxter fue hacia la puerta y corrió el cerrojo de seguridad.

Cuando miró a Koye, le vio hacer un gesto de disgusto.

—¡Uf, qué policías tan desmañados! —dijo el criado.

—No eran policías, Tim —contestó Baxter, sorprendentemente. Se acercó a la pared, presionó el resorte de apertura y Angie se hizo visible, segundos después—. Ya puedes salir, muchacha.

Angie se sentía pasmada.

—Oiga, este cuarto parece de película de ciencia ficción… ¿No era el puesto de mando de la Base Lunar Alpha?

Baxter se echó a reír.

—Otro rato se lo contaré —repuso—. Angie, dígame, ¿conoce usted, por su posible relación con Steve, a un tipo que tiene una cicatriz en el lado izquierdo de la mandíbula inferior?

—No —contestó ella, resueltamente—. ¿Quién es?

—Dice llamarse Dwaine y se hizo pasar por sargento de la policía, como los otros dos eran tipos disfrazados de agentes.

—Entonces, ¿no eran policías auténticos? —se asombró la artista—. ¿Cómo lo supo?

—En primer lugar, Dwaine ni siquiera enseñó su placa, porque confiaba en que la compañía de sus dos secuaces disfrazados me haría creer en la autenticidad de lo que pretendían ser. En segundo lugar, no traían mandamiento judicial para registrar la casa… y en tercero —rió Baxter—, el que se hacía pasar por sargento, estuvo hablando ayer con Eleanor Farnhaddan y le hizo dos proposiciones: doscientos mil dólares por estarse quieta hasta el doce de junio, o un ataúd de cemento.

Angie se puso una mano en la boca.

—¡Cielos! —exclamó—. Pero ¿qué pasa aquí?

—Muchacha, este asunto es algo así como una conspiración de altos vuelos, en donde decenas de millones de dólares están en juego. Y por mucho menos de la milésima parte de esa cifra, muchas personas matarían a su mejor amigo.

—Sí, pero ¿qué papel represento yo en el caso?

—El de hija de míster Kyle. ¿Le parece poco? —Baxter se volvió hacia su criado—. Tim, por ahora la señora Fetherman permanecerá en mi casa. Cuidado con las visitas. Siempre que alguien llama, ella se esconderá en el cuarto de comunicaciones.

—Bien, señor.

—Si tienes que salir ineludiblemente durante mi ausencia, enséñale el manejo de la compuerta secreta.

—Sí, señor.

De pronto, Baxter se fijó en el cenicero, en el que se veía una colilla manchada de carmín. Sosteniéndola en alto con los dedos, se la enseñó a la joven.

—Cuidado con las colillas y con la pintura de labios —advirtió.

—Lo tendré presente —contestó Angie, roja de vergüenza.

—¡Vaya unos policías! —bufó Koye, despectivamente—. El más torpe, con tal de que fuera auténtico, habría advertido de inmediato que la señora Fetherman se escondía en la casa.

—Por si acaso, mejor será que no nos fiemos —recomendó Baxter.

Y acto seguido, se dirigió a su dormitorio para cambiarse de ropa. El lugar al que pensaba dirigirse precisaba de una indumentaria menos elegante y más discreta que la que usaba en aquellos momentos.

CAPÍTULO V

Los ojos de la mujer que atendía desganadamente a la clientela de la barra del local destellaron de súbito al reconocer a uno de los clientes acabado de llegar. Inmediatamente eligió la mejor botella y puso una jarra sobre el mostrador. Luego se abrió dos botones de una blusa muy bien llena por unos pechos redondos y amplios.

—Que el diablo me lleve si hubiera esperado verte aquí, en este tugurio, *Budd* Baxter —dijo Tillie Dovan—. ¿Qué tripa se te ha roto?

—Tú eres la tripa rota —contestó Baxter, sonriendo—. Tillie, te encuentro más buena que nunca. ¿Cuánto tiempo hace que no te acuestas con un hombre de verdad?

Tillie hizo un gesto con la mano.

—Ya he olvidado lo que es tener un tío encima —contestó—. Pero tú puedes ayudarme a recordar...

—Con una condición, Tillie.

—¿De qué se trata?

—Busco a un tipo... —Baxter le hizo la descripción del falso sargento de policía y añadió—: Quiero hablar a solas con él, Tillie.

—No le conozco —respondió la mujer—. Si lo supiera, te lo diría inmediatamente. Pero conozco a alguien que puede que conozca a ese Caracortada.

—Dime su nombre, Tillie, por favor.

—Rosie *la Pulpo.*

—¿La Pulpo? —se asombró Baxter.

—Sí. La llaman así porque cuando tiene a un hombre encima, sus brazos y sus piernas lo abrazan... Bueno, ¿es que te gusta recrearte en la descripción de ciertas escenas?

—En todo caso, me gusta practicarlas —sonrió Baxter—. ¿Dónde puedo encontrar a Rosie?

—Es mi competidora, siete manzanas más abajo, en la misma acera. Su antro se llama La Casita, así, en español. Pero es una pocilga. Rosie admite a cualquier tipo que entre. Yo, no. Hay fulanos que no me gustan como clientes.

—Pueden resistirse a que les eches.

Tillie lanzó una estentórea carcajada. Retrocedió un paso y se subió la falda hasta las caderas. En la media negra, sujeta con una tira elástica, llevaba una pistolita calibre 25.

—Aquí conocen todos mi genio —dijo—. Cuando le enseño la pistola a un tipo, este sale de estampida en el acto. Claro que —añadió, después de soltarse la falda—, a ti te enseñaría algo mucho más atractivo.

—Otro día, te lo prometo muy sinceramente, vendré a la hora del cierre y me quedaré toda la noche contigo. Así sabrás cómo es un hombre de verdad.

Tillie suspiró hondamente. De pronto, se oyó un estallido y el seno izquierdo descendió un poco. Ella se echó a reír.

—¡Llevo el sostén demasiado ajustado! —exclamó.

Baxter tomó una de sus manos y la palmeó suavemente.

—Veo que te marcha bien el negocio —dijo.

—Sí, el otro asunto no iba bien. Una vez lo intenté, colgándome desnuda y cabeza abajó, pero ni aun así acudían los clientes, de modo que vendí el material y los terrenos; suerte que aquel maldito estúpido de Charlie lo tenía todo en regla y no tuve dificultades en la operación. Busqué un local, lo encontré... y aquí me tienes.

—Aquí me tendrás muy pronto, gracias —se despidió Baxter.

* * *

Posiblemente, pensó un cuarto de hora más tarde, a Rosie *la Pulpo* le gustaban los hombres pequeños, precisamente por contraste con su voluminosa figura. Baxter lo presintió, al ver la voraz mirada que le dirigía la dueña de La Casita. Rosie era una mujer enorme, con pechos como sandías y grupa de caballo percherón, muy atractiva para cierta clase de tipos, sobre todo, se dijo, si se sentían hambrientos sexualmente.

Y Baxter, que era más bien de estatura corriente, ya que le faltaban un par de centímetros para llegar al metro ochenta y ofrecía un aspecto vulgar, cosa que él procuraba acentuar cuando era preciso, parecía de la clase de hombres a la que Rosie debía de ser tan aficionada. Sí, debía de ser como un pulpo en los momentos culminantes, se dijo, mientras ponía cinco billetes de diez dólares sobre el mostrador.

Rosie lo miró, intrigada.

—Cuando me gusta un hombre, no cobro —dijo—. Claro que tampoco admito a los que vienen para sacarme los cuartos. Tú ya me entiendes, ¿no?

—Rosie, no he venido aquí buscando una aventura amorosa, aunque no me disgustaría —contestó Baxter—. Pero llevo una temporada que no reacciono a las mujeres.

—No me digas. ¿Te has pasado al otro bando?

—¡Oh, no! Mi esposa... Me tiene muy disgustado...

—Te pone los cuernos, vamos.

—Sí. Bueno, uno es hombre tolerante y comprende ciertas cosas, Rosie... Yo mismo, en ocasiones, también he... Pero es muy distinto tener una aventurilla a mantener una relación constante, sobre todo

cuando, además, el otro se sufraga sus gastos con mi dinero.

—Además de cornudo, apaleado —comentó cruelmente Rosie—. Pero no entiendo bien qué tiene que ver todo esto con los cincuenta *pavos*...

—Tú conoces a algún tipo que pueda ayudarme...

—Muchacho, no te preguntaré tu nombre ni me importa, pero no vengas a mí en busca de un asesino profesional. Luego todo son líos, ¿comprendes?

—¡Rosie! ¿Pero qué piensas de mí? Yo quiero muchísimo a mí mujer y estoy dispuesto a perdonarla... pero lo que busco es a un tipo que le meta el miedo en el cuerpo al fulano... Vamos, una buena paliza y la advertencia de que no se acerque más a ella... Yo no soy fuerte y él es tremendamente robusto, va al gimnasio todos los días...

La Pulpo hizo una mueca.

—A veces, esos tipos resultan muy blandengues a la hora de sostener una pelea de verdad —dijo, despectivamente. Se metió el meñique en la nariz, hurgó un poco, se limpió luego bajo el sobaco, se metió la mano en su vasto escote y se rascó el seno izquierdo y, al fin, añadió—: Quizá Lextor Dwaine podría servir... pero es algo carillo.

—Gano un buen dinero —manifestó Baxter—. Tengo un negocio excelente y no me importaría desprenderme de un par de miles.

Rosie entornó los ojos.

—Pues... muchacho, pareces un tipo sin trabajo...

—¡Rosie! ¿Iba a venir aquí y no te ofendas, como si fuese a asistir a una función de gala en el Metropolitan? Pero a veces, en mi trabajo, aún voy peor vestido todavía, porque no me importa meterme debajo de un camión pesado para repararlo, ¿comprendes?

Ella movió la cabeza varias veces.

—Sí, resulta lógico. Bien, creo que Lextor Dwaine... Todos le llaman Lextie, ¿sabes? Por dos mil *machacantes* te haría una buena faena. Si quieres que se lo diga yo...

—¡Oh! No me gustaría comprometerte. Dime dónde vive, será suficiente.

—De acuerdo, muchacho.

Cuando Baxter se hubo marchado, Rosie, después de embolsarse los cincuenta dólares, despachó de un trago el whisky que su cliente no había tocado siquiera. Luego, despreciativamente, comentó:

—La verdad, hay hombres que se merecen todos los cuernos de una manada de bisontes.

El ruido de la llave sonó en la cerradura y la puerta se abrió a los pocos segundos. Una mano tocó el interruptor y las tinieblas se disiparon en el acto. Luego, Lextor Dwaine arrojó a un lado el sombrero que llevaba puesto, pero, inesperadamente, lo vio volar de

nuevo en sentido contrario.

Volvió la cabeza. La cicatriz del lado izquierdo de su mentón se puso blanca, por contraste con el enrojecimiento de su cara.

—Usted —dijo.

—¡Hola, sargento Dwaine! —exclamó Baxter, alegremente.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? —rugió el hampón.

—Por la guía de teléfonos, claro.

—El mío no consta...

—Bueno, entonces, me lo dijo un pajarito. Pero eso no tiene ahora mucha importancia, Lextie. Lo que sí importa es escuchar el nombre de la persona que le ordenó visitar a la señora Farnhaddan y le sugirió, luego, la idea de convertirse en sargento de policía. ¿Puede darme el nombre?

—No —contestó Dwaine, hoscamente.

—Me lo figuraba —dijo Baxter—. ¿Qué han hecho del cadáver de Fetherman?

—¡Ah, entonces estuvo en el Phoenix...!

—Es usted idiota, Lextie. Demasiado sabe que sí. ¿O no se lo contaron los dos hampones que aguardaban en el callejón?

—Están hechos polvo —gruñó Dwaine.

—Pero siguen vivos, cosa que no puede decir Fetherman. Incidentalmente, ¿quién lo mató?

—No fui yo, es todo lo que puedo decirle.

—Entonces, desconoce la identidad del asesino.

—Exactamente.

—Y no me dirá quién le ha pagado por desempeñar la comedia de los policías detrás de una asesina.

—Ya me ha oído antes. Oiga, ¿dónde escondió a la artista?

—Trato por trato. Usted me dice quién le paga y yo le digo dónde está la señora Fetherman.

Dwaine vaciló un instante. Al fin, respondió:

—No, no acepto el trato. Tarde o temprano la atraparemos.

—Y yo también encontraré al hombre para el cual trabaja, Lextie.

—¿De veras? —preguntó Dwaine, burlón.

—Se lo aseguro.

Hubo un instante de silencio. Súbitamente metió la mano derecha en el interior de la chaqueta.

La mano de Baxter fue aún más veloz y su filo golpeó el antebrazo de Dwaine cuando éste todavía no había completado su acción. Dwaine resopló y dio un paso atrás. Baxter alzó el pie izquierdo y le golpeó la rodilla.

El dolor hizo que Dwaine se olvidase de todo lo demás. Ni siquiera se acordaba del arma que llevaba oculta. Baxter cayó sobre él, se

apoderó de su brazo derecho y lo hizo girar en redondo, retorciéndoselo a la espalda, a la vez que, con la mano izquierda, empujaba al sujeto contra la pared.

Dwaine aulló cuando su nariz resultó aplastada a consecuencia del impacto. Baxter aflojó un poco, para volver a la carga en el acto. En el segundo impacto, saltaron manchas de sangre contra el papel pintado.

—Puedo seguir así toda la noche —dijo fríamente—. Y, si esto no es bastante, te romperé el brazo.

La resistencia de Dwaine se desmoronó al tercer golpe.

—Basta —jadeó—. Fue... Kaspar...

—¿Quién es ese tipo?

—No lo sé... Vino a buscarme y me propuso un trato... Yo acepté, eso es todo.

—¿Por cuánto, Lextie?

—Mil quinientos...

Baxter contuvo una sonrisa.

—No es muy generoso que digamos el tal Kaspar —comentó despectivamente—. ¿Cuál es el nombre completo?

—No lo dijo. Sólo dijo que se llamaba Kaspar. Y yo no le pregunté más.

—Claro, no te interesaba. ¿Fue Kaspar quien te dijo que siguieras a la señora Farnhaddan?

—Si...

—También te ordenó hacerle la proposición sobre los doscientos mil dólares o el ataúd de cemento. Y, sin duda, te sugirió la idea de hacerte pasar por sargento de policía.

—Sí. Añadió que él pagaría los gastos de alquiler de los uniformes...

—Sí, claro, es un tipo muy considerado. ¿Cómo te ves con él?

—La primera vez, me encontró en La Casita... Luego me llama por teléfono.

—Lo cual significa que tú no sabes el suyo.

—No.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es de su estatura, más o menos, pelo muy negro, cejas muy espesas, cetrino de cara...

—¿Le has visto las manos...?

—Sí. Las tiene muy bien cuidadas. En la izquierda lleva un anillo de platino con varios rubíes.

—Es suficiente. Vuélvete.

Baxter soltó al matón, quien inició el giro inmediatamente. Dwaine tenía la cara llena de sangre que había brotado de su nariz, la cual había empapado la pechera de su camisa. Antes de que supiera lo que

iba a pasar, el puño derecho de Baxter había chocado secamente contra el vértice de su mentón.

Baxter se chupó pensativamente los nudillos, mientras contemplaba al sujeto que yacía sin sentido en el suelo. De pronto, se le ocurrió una idea y se inclinó sobre él, apoderándose de su revólver de cañón corto y calibre 38.

Un cuarto de hora más tarde, Dwaine abrió los ojos. Baxter dejaba el revólver, en aquel momento, sobre una mesa. Junto al arma, se veían los seis cartuchos.

—Le mataré, juro que le mataré… —babeó Dwaine.

—¿Gratuitamente? —se burló Baxter, mientras se dirigía hacia la puerta.

Dwaine estaba demasiado abatido para intentar perseguirle. Tardó todavía algunos minutos en poder levantarse. Cuando lo consiguió, recargó el revólver y lo volvió a dejar sobre la mesa. Luego, penosamente, se encaminó al cuarto de baño, a fin de borrar en lo posible las huellas de la humillante derrota que acababa de sufrir.

Mientras tanto, Baxter regresaba a su casa, profundamente concentrado en un enigma que le parecía casi insoluble. Una de las cosas que más llamaba su atención era el procedimiento que había empleado míster Kyle para huir de su propia casa.

—No le saldrían alas, de repente —gruñó.

Pero aún más intrigante que la propia huida eran sus motivos.

¿Por qué un hombre de cuarenta y cuatro años, apuesto, con una salud a prueba de bombas y una fortuna, había tenido que abandonarlo todo, desapareciendo de forma tan absoluta que parecía que jamás hubiera existido?

Parte de la solución, se dijo finalmente, quizá estaba en la entrevista que al día siguiente debía sostener con el abogado Sangster.

CAPÍTULO VI

Marvin R. Sangster era un hombre al que Baxter se imaginó mejor viviendo a finales del siglo que no en el actual. Sangster conservaba todavía su pelo, que ahora era blanco y de hebras muy finas, como de seda. A finales del siglo pasado, pensó, Sangster había llevado además unas espesas y blanquísimas patillas, cuello alto almidonado y gran corbata negra, con un alfiler adornado con una perla del tamaño de la uña del pulgar, más el aditamento de unos lentes de pinza, con cinta negra al ojal de la solapa de la levita que habría debido completar el atuendo. Los tiempos, sin embargo, no habían cambiado en vano y Sangster vestía de forma muy moderna, aunque apropiada a su edad.

—¿Qué interés tiene usted en mi cliente? —preguntó Sangster, después de que el visitante hubo expuesto los motivos que le habían llevado hasta su despacho.

—Alguien me ha encomendado hacer averiguaciones sobre el particular —respondió Baxter.

—¿Es usted detective privado?

—No. Simplemente, esa persona me encargó investigar, cosa que hago con mucho gusto. No obstante, le diré que soy abogado y que estoy inscrito en la Asociación de Abogados de Nueva York, cosa que puede comprobar usted sin la menor dificultad.

Los ojos de Sangster contemplaron críticamente la tarjeta de visita de su interlocutor.

—Lo comprobaré, descuide —respondió—. Sin embargo, usted, como abogado que dice ser, deberá tener en cuenta la regla del secreto profesional.

—Lo sé. De todas formas, creo que hay cosas a las cuales podrá contestarme sin traicionar la confianza de míster Kyle depositó en usted.

—¿Por ejemplo?

—¿Otorgó testamento?

—Si.

—Usted, sin duda, lo redactó...

—Pero no le diré sus cláusulas...

—¡Oh, ya me lo imagino! —sonrió Baxter—. ¿Está bien guardado ese testamento?

El abogado se sobresaltó.

—Tengo una caja fuerte...

Estaba en uno de los ángulos del despacho y Baxter la contempló durante unos instantes.

—Es una lata de sardinas —dijo al cabo.

—No es tan fácil de abrir como parece —se picó Sangster.

—Yo no fiaría a esa caja ni un sello de dos centavos. Pero la responsabilidad, en todo caso, es suya —dijo Baxter fríamente—. Ahora, por favor, contésteme, ¿cree en la muerte de míster Kyle?

—No.

—Luego está vivo.

—Eso supongo, aunque ignoro el lugar de su residencia. En siete años, no se ha comunicado conmigo ni una sola vez. Nadie ha vuelto a verle desde el día en que desapareció.

—¿Por qué motivos? ¿Le había visto usted recientemente? Y si fue así, ¿observó en él síntomas de inquietud, nerviosismo o un estado de excitación que permitiera suponer cierta alteración de su mente?

—No, rotundamente, no. Le vi dos días antes de su desaparición y

estaba perfectamente normal, preocupado un poco por sus negocios, como sucede a todo personaje importante, pero, por lo demás, alegre, jovial y ansioso de vivir lo mejor posible. Francamente, no acabo de comprender por qué tuvo que desaparecer.

—Con tal de que esa desaparición no resulte definitiva... Señor Sangster, dentro de unas semanas se instará declaración oficial de muerte de míster Kyle. ¿Qué sucederá, entonces?

—Cuando el juez la haya decretado, se procederá a la apertura del testamento y a la ejecución de la última voluntad de míster Kyle —contestó el abogado, en tono profesional.

—Supongamos que no existe ese testamento. ¿Qué pasaría entonces?

—Bien, habría que buscar a los herederos de míster Kyle... Pero no tenía ninguno, que yo sepa. El gobierno federal, por supuesto, se llevaría una enorme suma en impuestos, aunque las empresas pasarían a poder de los dos socios, dado que así quedó estipulado en los contratos.

—¡Ah! Tenía dos socios...

—Sí, minoritarios; en realidad, ejecutivos de la organización, pero con cierta cantidad de acciones que les permitía una pequeña libertad de decisión en los negocios. Claro que cuando se trataba de un caso importante, era Kyle quien decidía. Pero los contratos están redactados taxativamente... yo mismo me ocupé de ello en su día —declaró Sangster, no sin cierto orgullo.

—Comprendo. ¿Puede decirme el nombre de los socios?

—¡Oh, no hay inconveniente...! Jonathan P. McDerry y Neale Owsling.

Baxter anotó los nombres y sus direcciones. Luego continuó:

—¿Qué sucedería si apareciera una hija de míster Kyle?

Sangster se echó a reír.

—Conozco el caso. Kyle era soltero y no me diga que los solteros pueden tener hijos, pero el caso es que Kyle no tenía ninguna hija. Por lo tanto, quienquiera que se presente con esas pretensiones, debe ser considerada como una impostora —respondió el abogado, tajantemente.

—Está bien. —Baxter se puso en pie—. Gracias por haberme recibido. Disculpe las molestias...

Sangster alzó una mano.

—¡Oh, ha sido un placer! —contestó, magnánimo.

Baxter se dirigió hacia la salida. Tenía que buscar a Kaspar, pero no sabía cómo encontrarlo. Volver a La Casita no era cosa que le agradase, por la dueña, pero empezó a pensar que no tendría más remedio que enfrentarse con la Pulpo.

Cuando llegó a su casa, sonaba el teléfono. Koye se lo entregó.

—Para usted, señor…

—Baxter —dijo el joven.

—Soy Sangster… ¡Oh! Ha ocurrido algo terrible…

Baxter apreció una nota de angustia en la voz del abogado.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—El testamento de míster Kyle… Ha desaparecido… ¡Oh, Dios mío, no sé cómo ha podido suceder…! ¡Nunca me había pasado nada semejante!

«Porque nunca nadie, antes de ahora, sintió la necesidad de abrir esa lata de sardinas a la que llamas caja fuerte», pensó Baxter con dureza.

—Le aconsejo que llame a la policía, abogado —se despidió fríamente.

Angie apareció en aquel momento.

—¿Qué sucede, Budd? —inquirió.

—Si usted es la hija de míster Kyle y no puede demostrarlo, y el testamento la mencionaba, ahora ya ni ese recurso nos queda para que usted reciba lo que le pertenece por herencia, cuando el juez decrete el estado de muerte legal de su padre — contestó Baxter.

Luego se acercó el teléfono y marcó el número de Eleanor Farnhaddan.

—Quiero preguntarle si resultaría posible visitar la propiedad de míster Kyle —dijo, después de las primeras fórmulas de cortesía.

—Pues… supongo que sí. El jardinero continúa en su puesto… Quedó un fondo para pagar su sueldo y los gastos de conservación, fondo que administra un Banco… ¿Por qué lo pregunta?

—¿Querría acompañarme mañana a visitar la residencia?

—Sí, desde luego.

—Está bien. Pasaré a buscarla a las diez de la mañana. Telefonearé previamente.

—De acuerdo.

Una vez finalizado el breve diálogo, Angie se enfrentó con el joven.

—¿Hasta cuándo he de permanecer en su casa? —inquirió.

—El testamento de su padre ha desaparecido. No quiero que a usted le ocurra lo mismo.

—¿Cómo…?

—Si la hubieran encontrado junto al cadáver de su esposo, ahora estaría en la cárcel, acusada de homicidio en primer grado. Hubiera sido una bonita forma de apartarla de la circulación, pero, fallando ese plan, no me extrañaría que hubiese gente interesada en hacerle seguir el mismo camino que a Steve. Siga aquí y tenga paciencia; a fin de cuentas, esto no es una cárcel, me parece —añadió Baxter,

sonriendo.

Angie suspiró.

—Me enerva la inactividad —se quejó.

—Más vale enervada que muerta —contestó Baxter, sentenciosamente.

* * *

—¿Todavía sigue poniéndote los cuernos? —preguntó Rosie, malévolamente.

—A veces pienso que mi mujer es un parque público. Todos pasan por ella —contestó Baxter con lúgubre acento.

—Tú no me la das a mí —dijo ella—. Ayer, tal vez sí... pero me he fijado en ti y eres más listo de lo que aparentas. Mira, tus asuntos privados no me interesan, pero detrás de este mostrador se aprende a conocer a la gente. En estos tiempos actuales no se sabe quién es el policía y quién el hampón. Antes, veías a un tipo y enseguida lo calabas: un *poli* de paisano. Ahora... ¡Bueno, diablos, no me importa quién seas!, allá tú, con tal de que no me comprometas demasiado. Yo no me trago lo de los cuernos de tu mujer y... En fin ¿(Qué diablos quieres?

—Eres lista, Rosie —rió Baxter. Describió a Kaspar y añadió el nombre—. ¿Lo ves por aquí?

—A veces, pero yo no le gusto. Le he tentado y él no me ha hecho caso. Pregúntale, de todos modos, a Lita Feel. Ella sí que se acuesta con Kaspar muchas veces.

—¿Quién es Lita Feel?

Rosie agitó la mana izquierda, cargada de grasa y de sortijas. Una mujer de rostro hastiado y cuerpo opulento, pero ya con tendencia a la flaccidez, se acercó a la barra.

—Lita, aquí el amigo quiere hablar con Kaspar —dijo Rosie.

Los ojos de Lita escrutaron críticamente el rostro de Baxter.

—¿Para qué? —preguntó.

—Negocios.

—No te metas en los asuntos de los hombres, estúpida —dijo Rosie —. Sácales el dinero, eso es lo que importa. ¿No es verdad, tú? —se dirigió a Baxter.

El joven asintió.

—Rosie tiene razón —convino—. ¿Qué me dices, Lita?

La mujer dudó unos segundos.

—Sé dónde vive. Me lo dijo en cierta ocasión —contestó al cabo.

Y quedó en cierta actitud expectante, que Baxter entendió sin dificultades. Cinco billetes de diez dólares cambiaron de dueño y

fueron a parar al escote de Lita Feel.

Lita sonrió a continuación.

—Si quieres, tengo mi apartamento a dos manzanas. Soy muy buena —dijo.

—Sí, me lo imagino. Pero quiero hablar con Kaspar cuanto antes —respondió Baxter.

De pronto, sintió que le tocaban en el hombro. Al volverse, reconoció a Dwaine.

—Venga conmigo —dijo el sujeto, hoscamente—. Tengo que decirle algo muy importante.

Baxter observó la nariz del sujeto y sonrió ligeramente. Dwaine le volvió la espalda, rompiendo la marcha, sin preocuparse de él en apariencia. Momentos después entraban en un reservado, cuya puerta cerró el hampón con todo cuidado.

—¿Y bien? —dijo Baxter.

—Anoche prometí que le mataría en cuanto le echase el ojo encima —respondió Dwaine—. Soy hombre que siempre cumple sus promesas.

Y sacó su revólver, el cual, observó Baxter, ahora tenía silenciador acoplado al cañón.

—No quiere hacer ruido, ¿verdad?

—Usted ¿qué cree? —contestó Dwaine.

Apretó el gatillo, pero ni siquiera se oyó el *click* de la aguja percutora al golpear una cápsula defectuosa. Desconcertado, Dwaine repitió la operación, pero el resultado fue idéntico.

—Usted tiene algunas herramientas en su casa —dijo Baxter, amablemente—. Mientras estaba sin sentido, me entretuve en limar el percutor.

Dwaine amartilló el revólver y retuvo el percutor con el pulgar. Al darse cuenta de que Baxter no le había engañado, lanzó un grito de cólera, que se transformó de inmediato en aullido de dolor, cuando la puntera de un zapato entró en contacto con su entrepierna.

El revólver se escapó repentinamente de unos dedos sin fuerza. Con la agonía pintada en su rostro, Dwaine se inclinó hacia delante. Baxter aplicó el filo de su mano a la nuca del hampón y así dio por terminada la entrevista.

Tranquilamente, abandonó el reservado y regresó a la sala. Rosie le dirigió una mirada inquisitiva y, en parte, también, ansiosa.

—Lextie es un mal bicho —calificó.

—Le he dado un anestésico —sonrió Baxter.

—¿Tú? —se asombró la Pulpo.

—No sabe pelear —se despidió el joven, dejando a Rosie estupefacta y sin saber qué pensar de aquel hombre de aspecto tan

corriente, pero que, sin embargo, había sido capaz de derrotar a un sujeto que le pasaba un palmo y veinte kilos más de peso. Se preguntó si Baxter habría utilizado una pócima milagrosa. O tal vez lo había hipnotizado…

Un cliente se acercó a la barra y Rosie le miró con ternura. Tenía unos treinta años y era de poca estatura, la clase de tipo que, precisamente, la volvían loca.

—¿Te pongo algo, Jake? —dijo, hecha pura miel.

Los ojos del sujeto devoraron con ansia el fenomenal escote de la Pulpo.

—No quiero beber, ya sabes lo que quiero —contestó.

—Espera a que cierre —dijo ella.

—*O.K.,* Rosie.

—Pero no bebas demasiado. Los hombres fracasan en la cama cuando se emborrachan.

—Yo no quiero fracasar en la cama, Rosie.

—Mejor para los dos, Jake. —Ella le guiñó un ojo—. Seguro que no vas a olvidar nunca esta noche —agregó.

CAPÍTULO VII

Según las indicaciones que le había facilitado Lita Feel, aquélla era la puerta correspondiente al apartamento de Kaspar. Baxter alzó la mano para tocar con los nudillos y, en el mismo momento, la puerta se abrió y una mujer salió precipitadamente.

La mujer, sorprendida, no pudo evitar el choque. Baxter trastabilló agarrándose a uno de sus brazos para no caer de espaldas al suelo. De súbito, ella, al parecer rehecha de la sorpresa, le aplicó una presa de brazo y Baxter se encontró volando por los aires, sin saber cómo había ocurrido.

La única explicación que cabía era que la desconocida también sabía practicar las Artes Marciales. No obstante, la caída no había resultado especialmente violenta y Baxter tuvo tiempo de agarrar el tobillo izquierdo de la desconocida cuando pasaba por su lado, haciéndola caer al suelo.

Ella se revolvió como una anguila. Sentada sobre el pavimento del corredor, disparó malignamente el tacón de su zapato izquierdo al ojo de Baxter, quien, a duras penas, consiguió eludir el golpe. Movió la otra mano y buscó la rodilla de la mujer, pero ella consiguió parar el

golpe y devolvérselo centelleantemente en el antebrazo izquierdo, que quedó entumecido en el acto.

El pie libre de la mujer golpeó los dedos que aún mantenía su presa. Baxter aflojó la presión y ella se puso en pie de un salto, con increíble agilidad.

La mujer, que a Baxter le pareció joven y bien formada, se arrojó sobre él silenciosamente. Baxter alargó las manos, para asirla por los hombros y dejarse caer de espaldas al suelo, obligándola a voltear sobre su cabeza, pero ella pareció adivinar sus intenciones y, variando velocísimamente la línea de ataque, se elevó en el aire para, con una fulgurante tijera, a la vez que giraba sobre un costado, disparar el pie izquierdo hacia el mentón de Baxter.

El pie alcanzó parcialmente su objetivo. Baxter, aturdido, cayó al suelo. Por primera vez, se sentía derrotado en mucho tiempo. Cuando se disponía a levantarse, los filos de dos manos tocaron su cuello por ambos lados y creyó que le cortaban la cabeza.

Aunque no llegó a perder el sentido por completo, la niebla causada por el último golpe, le hizo ver las cosas completamente borrosas. Podía divisar algunos detalles, pero se sentía tan débil como un niño recién nacido.

Al cabo de un rato se encontró mejor y, penosamente, consiguió ponerse en pie. La desconocida había desaparecido.

Recordó los motivos de su estancia en la casa y abrió la puerta del apartamento de Kaspar El hombre estaba sentado en un sillón, al parecer dormitando, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

Baxter meneó la cabeza. Ya no podría hablar con Kaspar.

El mango del estilete que asomaba por el centro de su pecho era suficiente para saber la suerte que había corrido el sujeto.

—¿Le han asesinado por su fracaso? —murmuró.

Como fuese, no le convenía seguir allí por mucho rato. Silenciosamente, cerró la puerta, limpió el pomo con un pañuelo y se encaminó en busca del ascensor.

Mientras regresaba a su casa, procuró rememorar detalles del rostro de aquella mujer, que tan hábil se había mostrado en las Artes Marciales. Con gran desaliento, hubo de reconocer que apenas si conservaba algún detalle en su memoria.

Joven, esbelta... pero no sabía cuál era el color de su pelo, ni tampoco podía recordar rasgos de su cara. Lo único que recordaba era su vestimenta: chaqueta de cuero negro, muy ajustada, y pantalones del mismo color. Sí, los zapatos eran de medio tacón... y ni siquiera conservaba en la memoria el menor recuerdo de un perfume, lo que hubiese resultado lógico en una mujer que, en apariencia, no había cumplido aún los treinta años.

El único hecho positivo, pero nada favorable, para darse al

optimismo, era el asesinato de Kaspar.

¿Por qué?

La respuesta seguía siendo la misma: los millones de míster Kyle.

* * *

El coche se detuvo frente a la verja de hierro que cerraba el acceso a la propiedad. Un hombre salió de la casa que estaba en las inmediaciones y se acercó a la entrada.

—Esto es propiedad privada —dijo—. Lo siento, pero no se puede pasar.

—Soy yo, la señora Farnhaddan —exclamó Eleanor, a la vez que se apeaba del vehículo—. ¿Ya se ha olvidado de mí, Sam?

—¡Señora Farnhaddan! —exclamó el hombre, atónito—. Cuánto tiempo sin verla... ¿Cómo se encuentra usted, señora?

—Bien, Sam —dijo ella, sonriendo—. ¿Qué hace su mujer?

—Está bien, pero ahora se encuentra con su madre, en Poughkeepsie. Mi suegra tiene ya muchos años y... ¿Puedo servirla en algo, señora Farnhaddan?

Eleanor señaló al hombre que estaba en pie, junto al coche.

—Sam, le presento al señor Baxter, un buen amigo mío —dijo—. Budd, éste es Sam Taylor, el jardinero y cuidador de la residencia.

—¿Qué tal, señor Taylor? —saludó Baxter.

—¡Hola! —dijo el aludido.

—Sam, el señor Baxter y yo queremos visitar la casa. ¿Tiene algún inconveniente?

—¡Oh, por favor! Tratándose de usted... Pasen, tengan la bondad.

Taylor sacó del bolsillo una llave y abrió la verja.

—Entre el coche, señor Baxter —invitó.

—Gracias, Sam.

Taylor tenía también las llaves de la residencia y les acompañó hasta la entrada principal, dejándoles solos.

—Usted es de confianza, señora Farnhaddan —manifestó—. Todo está igual que aquel día...

Baxter se volvió hacia el jardinero.

—Míster Kyle no salió por la puerta que usted cuidaba entonces —dijo.

—No, rotundamente no, señor. Todas las alarmas estaban conectadas y, créame, yo comprobaba a diario su buen funcionamiento.

—Él podía tener una llave para abrir la verja...

—Quizá sí, pero aun así, habría tenido que despertarme para desconectar la alarma. Si hubiese abierto sin avisarme, se habría

armado un estrépito de todos los diablos... ¡Oh, perdone la expresión, señora Farnhaddan!

—No se preocupe, Sam —sonrió Eleanor.

—Gracias, Sam. Le devolveremos las llaves cuando hayamos terminado.

—Bien, señor.

Baxter y la antigua ama de llaves entraron en la casa, que permanecía silenciosa y oscura. Muchos de los muebles estaban protegidos por fundas de tela. Baxter, que no había ido para admirar la riqueza de la decoración, pidió ser conducido inmediatamente al gabinete de trabajo del desaparecido.

Durante unos minutos permaneció silencioso, concentrado en estudiar las características de la estancia. Había, además, un pequeño lavabo privado, pero el único orificio de ventilación, hábilmente disimulado en el exterior era tan pequeño, que difícilmente habría podido pasar por allí un chiquillo de pocos años.

—Míster Kyle no salió de su despacho por la puerta —dijo Eleanor de repente.

—¿Cómo puede asegurarlo?

El rostro de Eleanor aparecía ligeramente enrojecido y su todavía muy atractivo pecho subía y bajaba con rapidez desacostumbrada.

—El final de la escalera que conduce a este gabinete, queda exactamente frente a mí dormitorio —contestó—. Yo había dejado la puerta entreabierta y estaba sentada en una butaca, de modo que podía ver perfectamente la escalera. No hubiera podido bajar del torreón sin que yo le hubiera visto —concluyó rotundamente.

—Pudo haberse quedado traspuesta unos minutos...

—No. Él se encerró en el gabinete a las nueve. A las diez y media fue cuando se recibió la llamada de Angie. Míster Kyle solía dejar su gabinete entre las diez y media y las once.

—Y usted le esperaba...

—Algunas veces le esperaba en vano, pero siempre se asomaba para desearme buenas noches. Si hubiese bajado por la escalera, insisto, le habría visto, porque cuando no venía a mí dormitorio, yo permanecía despierta hasta las once y media de la noche, oyendo música o leyendo algún libro. Nunca me dormía antes de esa hora, ni tampoco tomaba vino en la cena, cosa que me habría podido producir alguna somnolencia. Es más, incluso cenaba parcamente.

—Para conservar la línea —sonrió Baxter.

Ella volvió a sonrojarse.

—Sí —admitió.

—Bien, no salió por la puerta... pero ¿cómo se marchó por una de las ventanas, si no se encontraron huellas de sus pies en la tierra del

jardín, ni rastros de roce de una cuerda en los antepechos de madera, ni tampoco voló un helicóptero por encima de la residencia?

—Lo siento, no se me ocurre ninguna idea.

Baxter movió la cabeza.

—Pues alas no tenía, como los ángeles —murmuró—. En fin, aunque no hayamos conseguido nada, al menos he visto el escenario... de la desaparición. Podemos volvernos cuando guste, señora Farnhaddan.

Eleanor echó a andar hacia la puerta. De pronto, al pasar junto a la mesa de trabajo, Baxter divisó un papel que sobresalía parcialmente de la carpeta que había sobre la mesa.

La curiosidad le impulsó a tirar del papel, que no era sino un folleto turístico de determinada región de la Florida. Baxter se lo enseñó a la mujer.

—Sí —dijo ella—. Es la propaganda de uno de los cayos de la Florida, pero, por si piensa que el señor Kyle está allí escondido, debe saber que no hace siquiera un mes, viajé a aquel lugar y estuve haciendo preguntas a muchos de sus habitantes, incluso al comisario de policía. Puede estar seguro de que míster Kyle no se esconde en Cayo Rojo.

—Quizá ha cambiado de aspecto...

Eleanor sonrió de una forma singular.

—Yo le reconocería en el acto, aunque pasaran mil años y se presentase disfrazado de... de lo que se le ocurra —contestó con suficiencia.

—En tal caso, es una posibilidad que se nos escapa.

—Sí —confirmó la señora Farnhaddan.

Cuando llegaron a la salida, Taylor les hizo señas con la mano. Baxter detuvo el coche.

—Tengo que decirles algo —manifestó el jardinero—. Quizá no tenga importancia. La verdad es que ni siquiera entonces lo dije a la policía, porque no me pareció interesante. Además, tenía miedo que se burlasen de mí.

—¿Por qué, Sam? —se extrañó Baxter.

—Bueno, a veces tomaba alguna copita de más... Aquella noche, no, lo juro. Pero si lo hubiera dicho, ese defectillo habría salido a relucir...

—Está bien, Sam, diga lo que vio, por favor.

—Fue hacia las diez de la noche más o menos media hora antes de que se conociera la desaparición de míster Kyle. Oí una especie de rugido en el cielo y cuando salí de casa, vi una luz roja que subía rápidamente. La verdad —añadió el jardinero—, cuando en estos tiempos se oyen tantas historias de OVNIS... uno más no me pareció

de interés, aparte de que no tenía ganas de que alguien dijera que esa noche había tomado un par de tragos que me hacían ver visiones.

—De modo que un rugido y una luz roja, Sam.

—Sí, señor.

Baxter hizo un gesto de aquiescencia y soltó el freno.

—Gracias, Sam —se despidió.

Pisó el acelerador y el coche avanzó hacia la cercana carretera.

—Budd, ¿qué opina sobre lo que ha dicho Sam? —preguntó Eleanor, poco más tarde.

Baxter soltó una carcajada.

—Quizá sí vio un OVNI… y quizá también tomó unas copas de más —contestó.

—En resumen —suspiró ella—, estamos como estábamos.

—No, porque ahora ya sabemos que hay alguien con mucho interés en evitar que se conozca la existencia de una hija de míster Kyle, hasta el punto de haber hecho desaparecer el testamento que, seguramente, perjudicaba a los dos socios supervivientes.

—Entonces, uno de los dos es sospechoso.

—O los dos, señora Farnhaddan.

—¿Los conoce?

—No, pero pienso conocerlos. Creo que debo entrevistarme con McDerry y Owsling.

Quizá saque algo en limpio de esas entrevistas.

Eleanor hizo un gesto de pesar.

—El tiempo sigue corriendo —murmuró—. No lo siento por mí, sino por Angie. A ella le pertenece todo cuanto poseía su padre y resultaría injusto que fuese a parar a manos de dos hombres que, a pesar de su inteligencia, empezaron como simples empleados de míster Kyle.

—La inteligencia también es un buen capital, señora —dijo Baxter, filosóficamente.

—Sí, pero sólo cuando se emplea en acciones honestas.

—Entonces, ¿sospecha usted de los dos socios?

—Por lo menos, de uno de ellos.

—¿Cuál?

—No tengo preferencias. Elija el que más le guste.

—Ninguno me gusta, son hombres —contestó Baxter, con acento malicioso.

Pero Eleanor no se dio por aludida y Baxter, prudente, no quiso seguir profundizando en el tema.

CAPÍTULO VIII

—Resultaría absurdo suponer que yo tengo el menor interés en la muerte, legal o no, de Henry Kyle —dijo Jonathan McDerry, casi furioso—. Todo lo contrario, daría cualquier cosa por conseguir que apareciese. Esto es demasiado jaleo para mí, créame. Y también para Neale Owsling.

Baxter estudió unos instantes al hombre que tenía ante sí, de casi sesenta años, pero todavía bien conservado. McDerry parecía nervioso, aunque lo achacó a la carga del trabajo constante.

—Entonces, ¿cree usted que puede estar escondido en alguna parte? —preguntó.

McDerry hizo un gesto ambiguo.

—Realmente, eso debería creer —respondió—. La razón me dice, sin embargo, que está muerto.

—¿Qué le hace sospechar esto?

—Kyle no era hombre dado a los misterios y enigmas. Siempre era franco, brutalmente franco, si se quiere, pero salvo ciertos aspectos del negocio que necesitan de la lógica discreción, en todo lo demás era tan transparente como un vaso del mejor cristal.

—A pesar de todo, ocultó que tenía una hija.

McDerry emitió un bufido.

—Eso es lo que aquella chica dijo a mi hija, calentándole la cabeza con sus historias fantásticas. No, no lo creo; Kyle no tenía hijos. Aunque sí debo admitir que sé que tenía una amante: su ama de llaves.

—El testamento ha desaparecido. ¿Qué opina usted de ello?

—Esa pregunta se la contestaría mejor Sangster, señor Baxter.

—¿Significa eso que usted no tiene opinión formada al respecto?

McDerry se agitó en su sillón.

—Tengo formada una opinión, pero me la callo —respondió.

—Para no perjudicar al otro socio.

—Yo no he dicho tal cosa y rechazo categóricamente la menor insinuación en ese sentido.

Baxter sonrió. Sí, McDerry sospechaba de Owsling. Sin embargo, un resto de fidelidad le impulsaba a callar sus pensamientos sobre el particular.

De pronto se abrió la puerta del despacho y una hermosa joven irrumpió espectacularmente.

—Papá, tienes que darme... ¡Oh, perdón! No sabía que tuvieras visita... —exclamó la muchacha.

—Sí, ya sé lo que tengo que darte —contestó McDerry, a la vez que alargaba hacia la joven un rectángulo de papel—. Mi hija Susan, señor Baxter. Susan, el señor Baxter.

—¡Hola! —dijo ella, alegremente. Guardó el cheque en el bolso y rodeó la mesa—. Papá, eres un sol —agregó, inclinándose para besarle en la frente.

—Todos los padres son un sol cuando dan dinero a las hijas —refunfuñó McDerry— ¿No lo cree así, señor Baxter?

El visitante emitió una cortés sonrisa de asentimiento. Con la misma desenvoltura que a la entrada, Susan se dirigió hacia la puerta.

—¡No me esperes esta noche a cenar, papá! —exclamó.

—Claro, cenarás con ese parásito de tu novio, ¿verdad?

—¡Oh, papá, qué cruel eres...! Johnny está buscando un empleo...

—El empleo que busca ese desaprensivo es el de yerno mío. Lo he calado desde el primer momento, Susan.

—Eres muy cruel con Johnny, papá; pero te lo perdono porque eres el mejor de los padres de este mundo. Hasta la vista.

La puerta se cerró. McDerry meneó la cabeza pesarosamente.

—Estos jóvenes de hoy no respetan a los mayores —se quejó.

—Siempre ha sucedido así, señor McDerry. —Baxter se puso en pie —. Gracias por haberme recibido.

—Ahora, supongo, visitará a Owsling.

—Lo intentaré, en efecto.

—No comente lo que hemos hablado aquí, por favor.

—Descuide.

Cuando salió a la calle, oyó una voz que pronunciaba su nombre.

—¡Señor Baxter!

El joven miró, asombrado, hacia el origen de la llamada. Sentada ante el volante de un descapotable europeo, de estridente color rojo, Susan McDerry agitaba una de sus manos enguantadas.

—Acérquese, hombre; tenemos que hablar —dijo la muchacha.

Baxter se sentó junto a Susan. El coche arrancó rugiendo.

—Cuidado con los policías, pueden multarla —advirtió él.

—¡Oh! Sólo he hecho un poco de ruido; ya sé que no se puede correr en la ciudad... Señor Baxter, usted ha estado hablando con mi padre de un grave problema.

—¿Cómo lo sabe, señorita McDerry?

—Él está muy preocupado desde algún tiempo. ¡Ah! Llámeme Susan, por favor.

—Está bien, Susan, usted puede llamarme Budd. Pero ¿qué le preocupa a su padre? — quiso saber Baxter.

—No se haga el ingenuo. Lo que le preocupa es míster Kyle.

—Y su fortuna de varias decenas de millones de dólares.

—¿Sabe lo que está deseando mi padre?

—No, dígamelo.

—Mi padre desea fervientemente que llegue el once de junio para liquidar su parte en el negocio y otorgarse una jubilación más que merecida.

—A su edad, es lógico. Pero ¿por qué me cuenta todo esto?

—Usted también está interesado en míster Kyle, Budd.

—¿Cómo lo sabe? —se asombró él.

—Me lo ha dicho papá. Usted le llamó anoche, para concertar una entrevista, con Kyle como tema principal. Papá lo comentó durante la cena y pronunció incluso su nombre. Oiga, ¿ha encontrado a Angie?

Baxter dio un salto en el asiento.

—¿Qué le hace suponer tal cosa? —exclamó.

El coche se había parado frente a un semáforo. Susan se volvió y le guiñó un ojo.

—Angie era la hija de Kyle y hace varias noches que ha desaparecido del Phoenix. Algunos periódicos dicen que ha imitado a su padre. Y si usted se preocupa del padre, es lógico que se preocupe, también, por la hija. ¿La ha encontrado?

—No. Pero el señor McDerry sostiene que esa joven no es la hija de Kyle.

—Lo es. Yo le vi cuando estábamos juntas en el internado. Y no una, sino muchas veces.

—¿Se lo ha contado a su padre?

—Sí, pero él se obstina en no creerlo Dice que visitaba a Angie por amistad... Budd, a veces, los viejos se vuelven intratables.

—No habla muy respetuosamente de su padre, Angie —comentó él.

—Me gusta ser sincera —respondió Susan, desenvueltamente—. ¿Sabe que yo le presté a Angie el dinero necesario para volver a su casa?

—Ahora me entero —mintió Baxter.

—Angie estaba más que harta del internado. Me pidió ese favor y yo se lo hice. Verdaderamente, comprendía muy bien su estado de ánimo. A fin de cuentas, esa pobre chica no tenía madre y su padre no acababa de reconocerla legalmente. En el internado, figuraba con el apellido Coughlin. Kyle nunca dijo que fuese su padre, quiero decir públicamente, aunque sí lo admitía en privado delante de Angie. Para los demás, era sólo su tutor.

—Entonces, por eso no cree su padre que ella sea hija de míster Kyle.

—Sí. Oiga, ¿quién le encarga estas investigaciones?

Baxter sonrió.

—¿Ha oído hablar alguna vez del secreto profesional, Susan?

La joven emitió una ruidosa carcajada.

—Lo siento —se disculpó—. Aunque apostaría algo a que la guapa ama de llaves de míster Kyle tiene mucho que ver con este asunto.

—¿La conoce usted?

—Una o dos veces la he visto, pero apenas si he cambiado con ella las usuales fórmulas de cortesía. Ronda ya los cuarenta... pero ya me gustaría a mí tener su aspecto a su edad.

Baxter miró apreciativamente a la bella conductora.

—No se queje de los dones que le concedió la madre Naturaleza —dijo—. Tiene usted mucho que ofrecer... a Johnny.

Susan hizo una mueca.

—No estoy segura —contestó—. En el fondo, puede que papá tenga razón. Bien mirado, Johnny es un parásito, cuyos mejores esfuerzos se encaminan a cuidar su aspecto personal. Pero es encantador... y yo le aprecio muchísimo.

—¿Le aprecia o le ama?

—Ahí está la duda. ¿Aprecio? ¿Amor? —Susan volvió a reír—. No hay prisa por resolver el dilema. Recuerde, si encuentra a Angie, no deje de avisarme inmediatamente.

El coche se detuvo de pronto. Baxter, asombrado, observó que se hallaban frente a la puerta del edificio donde McDerry tenía sus oficinas.

—Vaya, hemos dado la vuelta...

—Usted tendrá su coche aparcado por ahí y yo debo reunirme con Johnny.

—Después de pasar por el Banco, naturalmente.

Susan volvió a guiñarle el ojo.

—Quizá empiece a comparar hoy —dijo—. Tal vez el resultado sea desfavorable para Johnny.

—Si es así, llámeme inmediatamente.

Baxter se había apeado ya. El coche se alejó con el mismo estruendo que en la ocasión anterior.

Meneó la cabeza. Susan era una muchacha excelente, algo alocada, pero llena de vitalidad y rebosante de optimismo ante la vida.

Todo lo contrario que su padre, pensó, mientras buscaba una cabina telefónica.

La secretaria personal de Owsling le informó, en nombre de su jefe, que no podría recibirle en el resto del día. No obstante, estaba dispuesto a tener una entrevista con él, en su residencia privada, a partir de las nueve de la noche. A Baxter no le quedó otro remedio que aceptar.

El asunto, pensó, resultaba cada vez más confuso. Sobre todo, después de la desaparición del testamento.

Si el testamento mencionaba a Angie, y seguramente era así, y en el sentido más favorable posible, entonces resultaba lógica su desesperación Pero ¿quién lo había hecho? ¿McDerry? ¿Owsling?

A las nueve en punto llamaba a la puerta de la residencia de Owsling. Una doncella, pulcramente ataviada, le recibió con amabilidad. Baxter le entregó una tarjeta de visita y añadió:

—El señor Owsling me ha citado para esta hora de la noche.

—Está bien, señor. Ahora mismo iré a avisarle...

La doncella echó a andar, cruzando oblicuamente el vestíbulo, en dirección a una puerta que Baxter supuso daba al despacho privado de Owsling. Súbitamente, cuando ella estaba a punto de poner la mano sobre el dorado picaporte, se oyó algo parecido al chasquido de un látigo, seco y restallante.

Baxter comprendió en el acto el significado de aquel sonido y lanzó un agudo grito de advertencia, dirigido a la doncella.

—¡No entre!

Al mismo tiempo, saltaba hacia adelante. Llegó a la puerta y la abrió de golpe. Más que fijarse en el hombre que yacía con la cabeza apoyada sobre la mesa, se fijó en la ventana abierta, en la que todavía ondeaban las cortinas de fino tejido.

Detrás de él, la doncella prorrumpió en agudísimos chillidos de espanto. Baxter no interrumpió su carrera, sino una fracción de segundo; enseguida se lanzó hacia la ventana y saltó limpiamente el antepecho, para caer al jardín, situado apenas a metro y medio, y continuar corriendo tras el individuo cuya sombra se movía con no menor velocidad, en dirección a la parte trasera de la propiedad.

El asesino presintió que era perseguido y se volvió una vez. Divisó a Baxter, se detuvo un instante e hizo fuego dos veces. Baxter se vio obligado a tirarse al suelo, dando unas cuantas vueltas sobre sí mismo, para escapar a posibles proyectiles siguientes. El asesino iba a escapar, se dijo amargamente.

La valla que contorneaba el jardín era más bien una marcación de límites que un obstáculo. Estaba construida en madera pintada de blanco y no alcanzaba el metro, altura que el asesino salvó limpiamente. Baxter ya se había puesto en pie y corría agachado en zigzag, con ánimo, al menos, de captar los mayores detalles posibles que sirvieran para la identificación del asesino.

Al otro lado había un coche parado. El asesino abrió la portezuela. De súbito brillaron varios fogonazos en la oscuridad, Baxter buscó la protección de un árbol.

El asesino retrocedió, tambaleándose, con la sorpresa retratada en el rostro. Para Baxter fue evidente que no esperaba la reacción del cómplice que le aguardaba en el coche. Sonó otro disparo y el hombre, después de una violenta media vuelta, cayó de bruces y

quedó inmóvil.

El coche arrancó. Baxter apreció que el conductor llevaba una gorra de baseball y una cazadora, con el cuello subido. La cara era oscura. Probablemente, se trataba de un individuo de color. Pero usaba un buen automóvil, rápido y el motor apenas hacía ruido.

Baxter se dio cuenta que ya no podría alcanzar al fugitivo. Pasó al otro lado de la valla y se inclinó sobre el caído, que ya no respiraba.

Encendió un fósforo. El asesino de Owsling era un hombre joven, guapo, de unos treinta años de edad. En su mano crispada brillaba todavía el revólver con el que había cometido un crimen, pagado con cuatro trocitos de plomo.

A lo lejos se oyó la sirena de un patrullero que se acercaba a toda velocidad.

CAPÍTULO IX

Mientras se paseaba nerviosamente a lo largo del salón, Angie hablaba casi sin interrupción, aunque con algunas incoherencias:

—No puedo creerlo... Owsling muerto, asesinado a tiros... Alguien me quiere matar a mí, lo mismo que mató a mí esposo... Pero, claro, Steve no tenía nada que ver con este asunto...

—¿Lo sabe con certeza? —preguntó Baxter, que estaba untándose una tostada con mantequilla—. Los periódicos no han dicho todavía una sola palabra sobre la muerte de su esposo. Sólo han mencionado su desaparición. Algún periodista especula, incluso, que la ha raptado a usted, para evitar el divorcio...

—Budd, yo tendría que salir de este escondite —clamó la joven, con vehemencia.

—Ni hablar —denegó él rotundamente—. Usted seguirá aquí, hasta que todo haya pasado. Si asomara la nariz, se la volarían a tiros... y detrás de la nariz, está el resto de la cabeza. Es posible, incluso, que sospechen que yo la tengo escondida lo cual es cierto, pero Caracortada estuvo aquí y registró la casa hasta el último rincón. Como no encontró nada, pensarán que está en otro sitio; tal vez crean que la escondo en alguna residencia campestre... pero como no he ido

a esa supuesta residencia, no pueden seguirme para encontrarla ¿Lo va entendiendo?

—Sí, aunque no comprendo por qué Owsling tuvo que ser asesinado.

—Es bien sencillo. Su padre está eliminado, por su desaparición. Ahora Owsling ha muerto. Ya sólo queda McDerry.

Angie detuvo, bruscamente, sus nerviosos paseos.

—¿Trata de decir que el padre de Susan es la próxima víctima?

—Podría suceder —contestó Baxter, tranquilamente.

—Muy bien. Demos por sentado que muere McDerry. En tal caso, ¿quién se llevará la fortuna?

—Aquel que declare derechos irrefutables, Angie.

—Yo no puedo. El testamento ha desaparecido y es de suponer que el ladrón lo habrá quemado.

—Lógico.

Baxter terminó la tostada, se limpió los labios y puso un poco de crema en la taza de café que Koye le había servido.

—Tim, llama a la oficina del señor McDerry y solicita hora para una entrevista —ordenó.

—Bien, señor.

—¿Qué le va a decir a McDerry? —preguntó Angie.

—Pues… simplemente, conversaremos sobre el tema principal: el asesinato de su socio. —Los ojos de Baxter se entrecerraron—. Es curioso: resulta que el asesino no era un profesional.

—¿Qué significa esto?

—Significa que el autor de este plan ha decidido no confiar en los profesionales.

—Y empleó a un aficionado.

—El cual ejecutó brillantemente su labor, ignorante de que, en lugar de la recompensa que le habrían prometido sin duda, iba a recibir el pago en plomo.

—Para que no hablase.

—Justamente.

Koye intervino en aquel momento:

—Señor, el señor McDerry se ha sentido indispuesto y no ha acudido hoy a su oficina — informó, todavía con el teléfono en la mano—. ¿Desea que deje algún recado a su secretaria?

Baxter meditó un instante.

—No, gracias; lo veré en su casa —decidió, finalmente.

—Bien, señor.

Baxter apuró la taza de café y se puso en pie. Miró sonriente a su invitada.

—Usted, aquí… y no se olvide de mi cuarto de comunicaciones —

dijo.

—Es un escondite perfecto —sonrió Angie.

—Por eso precisamente —se despidió él.

Desde el vestíbulo, Baxter oyó la voz irritada de McDerry:

—Te lo advertí, Susan. Johnny tenía que acabar así, de mala manera. Tú no me querías hacer caso y ahora tienes la prueba de mis advertencias. Ese despreciable sujeto asesinó a un hombre que no sólo era mi socio, sino también un buen amigo, y acabó acribillado a balazos por su cómplice. A decir verdad, me alegro infinito de que alguien le haya dado su merecido a ese condenado bastardo.

—Papá, por el amor de Dios, yo quería a Johnny...

—Pues ya puedes empezar a olvidarlo. A menos que...

—¿A menos qué, papá?

—Hija, quiero que te franquees conmigo. Sospecho que entre tú y ese canalla de Johnny hubo algo más que algunos besuqueos.

—¡Me estás ofendiendo, papá! —gritó Susan.

—Trato de ser realista —contestó McDerry a voz en cuello—. ¿Van a tener consecuencias tus relaciones con ese miserable?

—No, no voy a tener un hijo, si es eso lo que piensas. Pero Johnny está muerto...

—Bien muerto y se lo merecía.

—Papá, será mejor que no te excites. Recuerda lo que te dijo el médico sobre tu corazón.

—¡Al diablo los médicos y sus pócimas...! —gritó McDerry, exasperadamente.

—Bien, viejo terco, haz lo que quieras. Cualquier día te encontramos muerto en tu despacho... ¡Oh, a veces te pones realmente insoportable! Ahora debieras consolarme por mi fracaso y en lugar de ello me pinchas y me aguijoneas despiadadamente...

La puerta del salón se abrió de golpe y Susan apareció en el umbral. Al ver a Baxter se sorprendió fuertemente.

—¡Budd! ¿Qué haces aquí?

—Deseo hablar con su padre, Susan —sonrió él— Usted ya se imagina los motivos.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—He leído los periódicos. Por poco captura al criminal, ¿verdad?

—Fue cosa de un par de segundos solamente. En ese espacio de tiempo se pueden cubrir ocho o diez metros... y esa era precisamente la delantera que me llevaba John Thorden. Pero anoche no sabía que era el Johnny que tanto preocupaba a su padre.

—Yo tampoco pude imaginarme que Johnny fuese capaz de hacer una cosa semejante. Créame, me siento deshecha...

—A pesar de que aún no estaba segura si era amor o simplemente

afecto lo que sentía por él.

—Por lo menos, lo apreciaba, y siempre resulta duro ver que un hombre al que se conoce con cierta profundidad, resulta ser un asesino que, a su vez, es asesinado por su compinche. ¿No se sentiría usted muy afligido en mis circunstancias?

—Indudablemente, Susan. —la voz de McDerry sonó imperativa en el salón y Baxter dirigió una mirada de simpatía a la muchacha—. Su padre me llama, tiene que disculparme...

—No le excite mucho; su corazón está mucho más débil de lo que él mismo se imagina —dijo Susan.

—Lo tendré presente.

Baxter entró en el salón, en donde se hallaba el dueño de la casa sentado en una butaca, con una manta sobre las rodillas. El color de la cara de McDerry era ceniciento, lo que dio muy mala espina al visitante.

—He leído los periódicos, joven —dijo McDerry, bruscamente—. Ya sé lo que pasó y sé también que no tuvo tiempo de hablar con Owsling.

—Lo mataron apenas unos segundos antes de que me recibiese —contestó Baxter.

—A veces pienso... —McDerry meneó la cabeza—. Pero no, ¿por qué iba a hacerlo él, cuando no tiene más que sentarse en su despacho y empezar como si nada hubiera pasado?

—¿Se refiere a Kyle, señor?

—Sí. Pero no tendría sentido que él estuviese asesinando a la gente para quedarse con algo que le pertenece con absoluta legalidad. ¿No le parece, muchacho?

—Sí, es cierto —convino Baxter.

—Pero no sé quién diablos puede estar detrás de todos estos crímenes. Y si ese tipo lo hace por quitarme, también de en medio, debiera saber que tengo algunos ahorros, suficientes para vivir sin trabajar el resto de mis días, a partir del momento en que se declare a Kyle legalmente muerto. No, no siento ningún interés por esa fortuna, ¿me comprende usted, Baxter?

—Sí, señor.

—Owsling era más joven que yo, casi diez años... El sí era bastante más ambicioso y no pensaba retirarse. Pero ahora ya está retirado definitivamente.

—Señor McDerry, yo sólo vine a preguntarle si se le ocurre el nombre de alguna persona que pueda tener interés en la fortuna de Kyle —manifestó Baxter.

—No se me ocurre ningún nombre, muchacho; se lo digo con absoluta sinceridad.

—Sí, es un asunto complicadillo —murmuró Baxter—. Señor McDerry, usted conocía a Kyle y me imagino que bastante bien. ¿Tiene alguna idea de las cláusulas del testamento?

—No. Tendrá que preguntárselo a Sangster, su abogado. Si él no se lo dice, mucho me temo que permanecerá en la ignorancia acerca del contenido del testamento desaparecido.

—Eso es lo que yo también me temo, señor.

* * *

Cuando llegó a su casa, Koye le dio el mensaje:

—Ha llamado Tillie Dovan, señor. Desea hablar con usted lo antes posible. —Está bien, gracias, Tim.

—¿Quién es Tillie? —preguntó Angie.

—Una antigua conocida —sonrió Baxter, ya con el teléfono en la mano izquierda.

—Guapa, supongo.

—Sí... ¿Tillie? Soy Budd. Acaban de darme tu recado... ¿Cómo? ¿Esta noche? ¿A las once? ¿Por qué tan tarde? Está bien, iré a las once en punto. Sí, descuida... no faltaré, te lo prometo.

El teléfono retomó a su sitio. Angie puso sus manos sobre los costados.

—¿No me cuenta nada todavía? —preguntó, despechada.

—Esperemos a mañana —respondió él.

—¿Por qué?

—Tengo que hablar con Tillie. Sospecho que va a decirme algo importante.

—Ojalá sea como dice, Budd.

—Sí, seguro. Angie, una pregunta...

—Dígame.

—Su padre la visitaba algunas veces cuando usted estaba en el internado. ¿Le habló alguna vez de un testamento?

—No, jamás —respondió ella con firmeza.

—Gracias, es todo lo que quería saber.

—Budd, ¿cree usted que el testamento de mi padre es muy importante?

—No me cabe la menor duda. Si apareciese, todos los planes ideados por cierta persona, se irían al traste.

—Lo habrá quemado —dijo Angie, tristemente.

—En su lugar, yo también lo habría hecho así —sonrió Baxter.

Consultó su reloj de pulsera. Antes de hablar con Tillie, se dijo, tendría tiempo de conversar con otra persona.

CAPÍTULO X

A Baxter le sorprendió que nadie acudiera a su llamada. Presionó nuevamente el timbre y, en vista del silencio que reinaba en la casa, puso la mano sobre el pomo de la puerta.

La llave no había sido utilizada. Empujó la puerta y oyó a lo lejos una suave música. Era el único sonido que se oía en la residencia.

Baxter empezó a temer lo peor. Avanzó unos cuantos pasos y llegó ante una puerta, al otro lado de la cual se escuchaban los sonidos musicales.

Abrió lentamente. Sangster se volvió precipitadamente hacia él.

—¡Señor Baxter! ¿Quién le ha dado permiso...?

El joven permaneció callado durante unos segundos. Sangster, observó, vestía una bata de mangas flotantes, corta, lo que dejaba al descubierto unas piernas delgadas, ridículamente varicosas. Estaba encarnado y respiraba afanosamente.

Encima de una mesa divisó una botella, copas y un recipiente para hielo. Sobre un cenicero humeaba también un cigarrillo.

Baxter se acercó al cenicero y cogió el cigarrillo. En la boquilla de corcho había manchas de carmín.

En el suelo, sobre la alfombra, vio algo que le hizo sonreír. Inclinándose, levantó con el índice aquella prenda de color negro, tan fina como una tela de araña.

—Ella tenía mucha prisa; se ha dejado las braguitas —dijo.

Sangster sacó el pecho.

—¡Soy viudo, y si lo quiere así, viejo, pero todavía me quedan fuerzas para divertirme un poco de cuando en cuando! —exclamó.

—Con alguna joven.

—Nunca me han gustado los hombres.

—Cosa que alabo —dijo Baxter—. Una joven... también lo hacía Salomón cuando ya tenía muchos años...

—Bueno, ¿y qué? No hago daño a nadie, me parece. Y si es usted abogado, convendrá conmigo en que no he cometido ningún delito.

—¡Oh, por favor, señor Sangster! Jamás se me ocurriría reprocharle ciertas cosas... que yo también hago en ocasiones. Ni siquiera le preguntaré por la dama que, me imagino, debía tener mucha prisa.

—Simplemente, no quería que nadie la viera en mi casa, eso es todo.

—De acuerdo, de acuerdo; yo no he venido aquí para hacerle reproches sobre su conducta privada. Lo único que deseo es hacerle algunas preguntas sobre el testamento de míster Kyle.

—Le dije algo sobre el secreto profesional —contestó Sangster, altaneramente.

—Lo sé perfectamente, pero ese secreto se ha roto, al serle sustraído de la caja fuerte. Usted lo redactó, siguiendo las instrucciones de su cliente. En pocas palabras, ¿qué decía?

—Toda su fortuna iría a parar a su hija Angela Edwina, habida de sus relaciones con Margaret Ann Coughlin. Dejaba algunas mandas para la servidumbre, varias donaciones benéficas... y medio millón de dólares para la señora Farnhaddan.

—Es decir, reconoció que tenía una hija.

—Sí, pero no quería hacerlo público hasta que ella alcanzara la mayoría de edad.

—Angie ha cumplido ya los veintitrés años. Usted debía considerarla como la hija de míster Kyle.

—No. Él no la había reconocido y yo no tenía por qué admitir la palabra de una posible impostora. Tenga en cuenta que no la había visto jamás y, por lo tanto, no la conocía personalmente.

—Supongamos que se declara la muerte legal de míster Kyle y se abre el testamento con las formalidades precisas. ¿Qué habría hecho usted para reconocer a Angie como la heredera?

—Kyle incluyó en el testamento una tarjeta con las huellas dactilares de su hija. Eso habría bastado para probar su personalidad, de forma concluyente.

Baxter hizo un gesto con la cabeza.

—Le agradezco mucho la información, señor Sangster —se despidió.

* * *

Baxter empujó la puerta del local de Tillie y se sorprendió de verlo desierto. Ya había visto las ventanas ocultas por las cortinillas, pero no había prestado atención al detalle. Ahora, sin embargo, le extrañó el silencio que había en aquel lugar, ordinariamente concurrido a aquella hora.

Avanzó unos pasos. Tillie estaba tras el mostrador, con las manos apoyadas en el borde, muy pálida.

—Lo siento, Budd... Ellos me obligaron.

—Nosotros —dijo de pronto una voz conocida.

Baxter se volvió. Lexter Dwaine salía en aquel momento de los lavabos, seguido de un individuo que le resultó desconocido. Dwaine parecía muy satisfecho.

—Le presento a mi buen amigo Tiuko Tadao —dijo Dwaine—. Creo que Tadao le va a dar la lección que a mí me resultó imposible.

—¡Budd, no puedo llamar a la policía! —clamó Tillie—. Esos hijos de puta han cortado los hilos del teléfono…

—¡Cierra el pico, golfa! —gritó Dwaine—. No vuelvas a pronunciar una sola palabra o te rajaré la cara con un casco de botella.

—No hables, Tillie —aconsejó Baxter.

Tenía la vista fija en Tadao, un sujeto más bajo que él, de cráneo pelado y ojos oblicuos, rechoncho como un barril pero con unos músculos poderosísimos, adivinó. Sería un mal enemigo, se dijo.

Dwaine se movió, de pronto en sentido lateral, alcanzó la puerta y echó la llave. Luego quedó a un lado, con la sonrisa en los labios.

—Lexter, ¿ha resultado muy caro su amigo? —preguntó Baxter, súbitamente.

—En todo caso, usted no lo ha de pagar —contestó Dwaine.

—Me han hablado mucho y muy bien de usted —dijo Tadao, con voz ridículamente aflautada—. Ahora voy a comprobar si su fama está justificada o sólo son visiones de algunos ineptos.

—¡Tiuko, te pago para que actúes, no para que hables! —gritó Dwaine.

—Está bien, no te preocupes.

Baxter tenía la vista fija constantemente en Tadao, un matón profesional, que no usaba la pistola, sino otros procedimientos más refinados. De pronto, le vio meter la mano en el bolsillo y presintió sus intenciones.

La mesa, redonda, se alzó como escudo, justo cuando el shuriken de ocho puntas volaba, centelleante, por los aires. Baxter percibió el seco impacto de la estrella de acero en la madera y, casi con el mismo movimiento, disparó la mesa hacia delante.

Tadao rugió, a la vez que daba un salto. Sin embargo, no pudo esquivar por completo aquel inesperado proyectil, que fue a golpearle en el brazo izquierdo, haciéndole dar una vuelta completa sobre sí mismo.

Pese a todo, no cayó, aunque había perdido en parte la iniciativa. Cuando giraba de nuevo, una silla siguió el camino de la mesa y, ahora sí, alcanzándole de nuevo en pleno rostro, le hizo caer de espaldas.

Tadao era, sin embargo, un tipo de gran resistencia y se levantó de un salto. Al ponerse en pie, tenía ya en la mano un puñal ligeramente curvo, que disparó con toda la potencia de sus músculos contra su adversario.

Baxter se agachó velozmente. Tadao lanzó un estridente chillido, que puso los pelos de punta a la dueña del local:

—*¡Kiai!*

Pasmada de asombro, Tillie vio elevarse en el aire como si fuese

una pluma, aquel sujeto de apariencia tan torpe. Baxter dejó que el pie derecho de Tadao llegase cerca de su rostro y, en el último instante, desvió su torso a un lado.

La pierna de Tadao quedó sobre su hombro. Baxter cerró el brazo en círculo, apresando el miembro como si utilizase una mordaza, y luego, con la mano izquierda, golpeó el diafragma de Tadao, cuando éste empezaba a caer hacia el suelo. Aún tuvo tiempo de repetir el golpe, con toda la dureza de su mano, rígida como una tabla, y luego soltó la pierna del matón.

Tadao quedó en el suelo, oprimiéndose el vientre con la mano izquierda. Tillie llegó a pensar que la pelea había concluido, pero de súbito, Tadao se levantó de un salto y cargó contra Baxter, con la cabeza gacha y las manos en busca de su presa.

Baxter le dejó llegar y hasta permitió que las manos de Tadao apresaran su cinturón. Pero siguió el impulso de su adversario y se dejó caer hacia atrás, provocando con ello el volteo de Tadao, que cayó de espaldas sobre una mesa. El impacto del corpachón la redujo a astillas, con tremendo estrépito.

Tadao volvió a levantarse. Un codo golpeó su garganta y sus ojos empezaron a vidriarse. Lanzó un golpe con el canto de la mano derecha, pero Baxter lo desvió, colocando el brazo oblicuamente, a fin de reducir el impacto. Luego alzó la rodilla y la clavó en el vientre prominente del matón.

Tadao empezó a debilitarse. A pesar de todo, resistía merced más a su fuerza de voluntad que a sus músculos ya con escasa potencia. Baxter decidió que era preciso acabar el combate y repitió el golpe con el codo, rematando la acción con un seco disparo del canto de su mano izquierda contra la base del cuello de su adversario. Tadao dejó caer los brazos a lo largo de los costados y luego, rígido como un poste, se derrumbó al suelo.

Tras la pelea hubo un instante de silencio. De súbito, Dwaine emitió un ronco aullido, a la vez que metía la mano en el interior de la chaqueta.

—¡Mi revólver ya tiene el percutor reparado! —gritó.

Pero en el mismo instante, un proyectil inesperado cruzó el espacio y chocó contra el hombro de Dwaine, haciéndole trastabillar. El impacto de la botella, que se rompió en mil pedazos al caer al suelo, entumeció el brazo. Fue un retraso suficiente para que Baxter cayera sobre él y ahora, dejándose de rodeos, derribara al hampón de un seco derechazo.

Baxter se inclinó y desarmó al inconsciente Dwaine. Luego se volvió hacia la dueña del local.

—Gracias, Tillie —sonrió—. Pero creo recordar que tenías una pistola...

—Fue lo primero que hizo ese canalla: quitármela... —contestó Tillie, rabiosamente—.

Ya no pude hacer nada...

—Hablaremos después —sonrió Baxter—. Voy a ocuparme de estos dos pájaros...

Tadao continuaba profundamente dormido. Dwaine daba claros síntomas de recuperación. Baxter buscó el puñal que le había arrojado el oriental y se arrodilló junto a Dwaine, poniéndole la punta del arma junto a la yugular.

Los ojos de Dwaine blanquearon un instante.

—Basta que profundice un centímetro para que quedes degollado como un cerdo — amenazó Baxter—. Esta encerrona no ha sido un desquite. Alguien te ordenó que lo hicieras. Dime el nombre o...

—No sé quién, se lo juro —contestó Dwaine, aterrado—. Me llamó por teléfono y dijo que debía liquidarle... Dijo también que procurase no fallar o acabaría como Kaspar...

—¿Hombre o mujer?

—No lo sé; tenía una voz muy oscura...

—Seguramente disfrazada —apreció Baxter—. Te pagaría, claro...

—Sí. Cinco mil... Indicó un sitio donde podría recoger el dinero... Fui y allí estaba... Entonces busqué a Tadao...

—Está bien, no es necesario que sigas. Anda, ponte en pie y llévate a tu amiguito. Y no vuelvas a meterte conmigo o la próxima vez no saldrás tan bien librado.

Tadao empezaba a rebullir. Momentos después, los dos hampones, abatidos y maltrechos, abandonaban el local, que Baxter cerró con doble vuelta de llave.

Luego se volvió hacia Tillie. La mujer corrió hacia él, le puso ambas manos sobre los hombros y le miró intensamente.

—Tienes una herida en el pómulo —dijo.

—No es nada...

—Anda, ven a mí apartamento. Allí te curaré...

—Esa perspectiva me encanta —sonrió él.

Un minuto más tarde estaban en el apartamento de Tillie, situado directamente sobre el local. Ella buscó elementos de cura en el baño y limpió con desinfectante un leve rasguño que el joven tenía en el pómulo izquierdo. Mientras Tillie le curaba, él empezó a soltarle los botones de la blusa.

—¡Eh, tú, atrevido...!

Era sólo una protesta formularia. Baxter le quitó la blusa y luego el sujetador, dejando al descubierto los hermosos senos de Tillie. La mujer suspiró, rendida ya desde el primer momento. Luego se convirtió en un volcán.

* * *

Pasado un buen rato, Tillie encendió la luz. Buscó tabaco, encendió dos cigarrillos y pasó uno a Baxter.

—Eres todo un hombre —dijo, complacida.

—El hombre lo es cuando se encuentra una verdadera mujer —respondió él, sentenciosamente.

—Hacía tanto tiempo que no... En fin, desde que me quedé viuda...

—Tu esposo era un experto. ¿Cómo pudo caerse?

—No lo sé. Un día levantó el vuelo... y luego tardaron casi un mes en dar con su cuerpo, a muchas millas del lugar donde se suponía que había caído.

—Y tú seguiste con el negocio.

—No por mucho tiempo. Charlie era el verdadero experto y, puesto que él faltaba, tenía que valerme de uno de sus ayudantes, recién contratado, pero una verdadera nulidad. Lo intenté todo, colgarme desnuda de los pies, a doscientos cincuenta metros del suelo; hacer *strip-tease* en una plataforma especial, a cien metros del suelo... Ya sabes lo que pasa en estas ocasiones; se produce un accidente, la gente empieza a tener miedo... la clientela baja y, antes de llegar a la ruina, lo vendí todo.

—Hiciste bien —sonrió Baxter.

—Al menos, los terrenos eran nuestros y tenían cierto valor. Así pude establecerme aquí, en lugar de ir a vivir a Silver Sands, donde Charlie pensaba establecerse.

—Es una aldea de pescadores al Sur de Florida, en uno de los cayos... Ahora no recuerdo el nombre, pero a Charlie le gustaba mucho la pesca y quería comprar un barco... La noche en que desapareció, me dijo que tenía en perspectiva un negocio que le iba a proporcionar la suficiente para que pudiéramos retirarnos del asunto, venderlo todo y largarnos a vivir en Silver Sands.

Baxter se sentó de pronto en la cama, acometido por una súbita idea.

—Tillie, has dicho que Silver Sands está en el sur de Florida.

—Sí, en un Cayo... pero no recuerdo el nombre.

—¿Cayo Rojo?

—Eso es —exclamó ella triunfante—. ¿Cómo diablos he podido olvidarlo? Pero, Budd, ¿qué te importa a ti todo esto?

Baxter sonrió sibilinamente,

—Preciosa, ¿cómo quieres que te premie la excelente idea que acabas de darme? ¿Una bonita sortija? ¿Un par de pendientes?

Tillie mordisqueó el labio inferior del joven.

—Cuando estoy con un hombre, me gusta sólo una joya —contestó.

—¿Cuál? Dímelo y te la compraré…

—Adivínalo, tonto —dijo riendo estruendosamente.

Baxter se echó a reír también. Luego, su mano acarició la espalda de la mujer.

Tillie se puso rígida súbitamente y sus ojos despidieron un extraño brillo, a la vez que su respiración se hacía entrecortada.

—Ven, Budd, ven…

Y Baxter fue.

CAPÍTULO XI

—Tengo que hacerle una pregunta —dijo Baxter.

Eleanor Farnhaddan llenó la taza de su visitante con café y luego se sentó frente a él, las rodillas juntas y las manos sobre el regazo.

—Hágala —invitó.

—Se trata de algo muy íntimo. Puede que no le guste, pero estimo que debe contestarla.

—Diré lo que sea… si conozco la respuesta, claro.

—Está bien. Usted conoció muy íntimamente a míster Kyle. No vamos a sonrojarnos a estas alturas, señora Farnhaddan, así que seré franco. Tuvo que verlo desnudo en más de una ocasión.

—Sí —contestó Eleanor con voz tensa.

—Entonces, dígame si tenía alguna marca corporal peculiar, algún lunar… en fin, una señal por la cual pueda ser reconocido sin lugar a dudas.

Eleanor se llevó una mano al pecho.

—¡Entonces, lo ha localizado! —exclamó.

—Creo que sí, pero no se lo diré por el momento.

—Dígamelo, quiero verlo…

—Podría resultar peligroso. Imagínese que viene alguien y la obliga a hablar… y la tortura y usted dice lo que yo le he contado, y ese tipo, o los que sean, porque pueden ser más de uno, consiguen saber dónde está míster Kyle… y tal como están las cosas, lo asesinan…

—¡Yo no hablaría jamás! —dijo Eleanor apasionadamente—. ¿Cómo podría poner en peligro la vida del hombre a quien amo?

—El espíritu es fuerte, pero la carne flaquea, lo dicen los Evangelios —sonrió Baxter—. Será mejor que no corramos riesgos, señora. Vamos, conteste a mí pregunta, se lo ruego.

Eleanor pareció concentrarse unos instantes. Luego dijo:

—Sí, ya recuerdo… Tenía un lunar en la base del omoplato izquierdo. No era muy grande, como la uña del meñique y no era

redondo, sino más bien ovalado, con uno de los lados casi recto y de color marrón no demasiado oscuro.

Baxter sonrió. Iba a decir que Eleanor debía de haber visto aquel limar muchas veces para describirlo con tanta exactitud, pero prefirió guardar para sí el comentario.

—Muchas gracias, señora. ¿Algún otro detalle? —dijo.

—Sí. Cuando algo le preocupaba, solía pellizcarse alternativamente el labio inferior y la oreja izquierda. Era un tic del que no lograba desprenderse. Decía que le perjudicaba, porque cuando jugaba al póquer, sus contrincantes sabían que estaba a punto de tirarse un farol. Yo no entiendo mucho de juegos...

—Cuando uno va a tirarse un farol es lógico que se sienta preocupado, porque no tiene buenas cartas y presume que sus adversarios puedan tenerlas mejores. Si le aceptan el envite, seguramente, perderá.

—Ya —dijo Eleanor—. Es decir, adivinaban su juego.

—Exactamente.

Baxter se puso en pie. Eleanor se levantó también.

—Adivino que se marcha fuera de Nueva York —dijo.

—Sí.

—¿Tardará muchos días en volver?

—Una semana, aproximadamente.

—Pero... traerá a Henry.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Baxter. Eleanor no decía míster Kyle, sino Henry.

Era la mujer enamorada la que hablaba y no la sirvienta.

—Creo que lo traeré —respondió.

Dos horas más tarde estaba en su casa llenando un maletín con algunas prendas indispensables. Angie le observó en silencio, hasta que lo vio a punto de partir.

—¿Adónde se marcha? —inquirió.

—De vacaciones. Voy a estar fuera una semana —respondió él sin pestañear.

—¡Todavía una semana! —se aterró la joven.

—Ni un día menos.

—Podría llevarme con usted...

—Ni hablar. Estará aquí hasta que yo la llame.

—Pero...

—Angie, si ellos la encuentran, la matarán sin el menor remordimiento. Trate de comprender eso y ármese de paciencia. —miró a la joven de arriba abajo—. ¿Qué importan unos días de encierro, cuando la espera toda una vida de felicidad?

—Sola, sin nadie...

—A partir de ahora, le sobrarán pretendientes. ¿Tim?

—¿Señor? —contestó el criado.

—Cuídala.

—El señor puede marcharse tranquilo —aseguró Koye.

Baxter sonrió. Agarró el maletín y se encaminó hacia la puerta.

Angie se acercó lentamente a la ventana. Momentos después, vio al joven sentarse en un coche, en cuyo interior había una mujer joven, de formas rotundas, con pañuelo de vivos colores en torno a la cabeza, y gafas negras.

—¡Vaya! —resopló—. Yo creí que se marchaba para buscar a papá... pero, al parecer, quiere divertirse una semana con ésa...

—Señorita, si me permite un consejo, tenga fe en el señor —dijo Koye maliciosamente—. El señor no hace nunca nada que luego no pueda justificar debidamente.

—Creo que comprendo. Esa mujer es su secretaria.

Koye iba a contestar negativamente, pero logró rectificar a tiempo.

—En efecto, señorita; es su secretaria.

* * *

Caminaba con los pies descalzos sobre la arena blanquísima. De cuando en cuando, Tillie se detenía, estiraba los brazos y se llenaba los pulmones de aire impregnado de sal y yodo.

—¡Ah, qué maravillosa existencia! El pobre Charlie tendrá que disculparme, esté donde esté, porque ahora le comprendo.

Tillie, con bañador de dos piezas y una bata de baño transparente, echó a correr de repente, mojándose los pies en las olas que llegaban mansamente a la orilla. No lejos de aquel lugar se divisaban, entre las palmeras y otros árboles, las casas de Silver Sands, la aldea en donde ya llevaban cinco días de descanso.

Baxter la siguió sin prisas. Iba vestido con un bañador y llevaba una toalla al cuello. Del hombro le pendía un bolso con el tabaco, las cerillas y algunos objetos de tocador de Tillie. Al cabo de unos momentos, ella se cansó de corretear y se detuvo a esperarle.

—¿Sabes? —dijo con los ojos muy brillantes—. He estado estudiando la situación y en Silver Sands no hay más una taberna, frecuentada solamente por viejos... Los jóvenes se mueren de aburrimiento. Quizá yo podría establecerme aquí, tal como lo había ideado Charlie...

—No sería mala idea —convino Baxter—. Y si lo decides firmemente y necesitas dinero, yo podría hacerte un préstamo en buenas condiciones.

—Lo tendré en cuenta, gracias. Pero ahora, dime, ¿qué hacemos aquí? Porque no irás a convencerme de que hemos venido sólo para

tomamos unas vacaciones… —Tillie le miró suspicazmente—. Apuesto algo bueno a que me has traído como tapadera…

—Puedes estar segura de que no te ocurrirá nada —afirmó él—. Pero no hagas preguntas por el momento. ¡Ah! Ahí viene la lancha que he contratado esta mañana. ¿Te mareas?

—No lo sé todavía, Budd. Lo creas o no, es la primera vez que embarco. Dime, ¿es que vamos de pesca?

Baxter no contestó. La embarcación, una motora de cinco metros, se acercaba lentamente a la playa, gobernada por un sujeto de pelo entrecano y rostro tan tostado como el cuero viejo. El motorista llevaba una camiseta de manga corta, pantalones y una vieja gorra de marino. Dejó que la roda tocara la arena y mantuvo el motor adecuadamente, para evitar el zarandeo de las olas, mientras Baxter izaba en brazos a su hermosa acompañante.

—El dueño del hotel me dijo que los encontraría aquí —exclamó el barquero—. Soy Will Thomas, señor Baxter.

—Encantado, Will. Ella es la señora Dovan, mi… secretaria.

Thomas sonrió maliciosamente y las arrugas de sus ojos se hicieron muy pronunciadas durante unos segundos. Cuando sus dos pasajeros estuvieron a bordo, dio gas, la lancha retrocedió, rugiente el motor y, una vez tuvo fondo suficiente, movió la palanca de marchas, a la vez que hacía girar la rueda. Inmediatamente, dio más gas y la motora se alejó raudamente mar adentro.

Tillie estaba sentada en la proa, gozando del viento que le daba de lleno en el rostro y en el cuerpo.

—¡Budd, no me mareo! —gritó gozosamente.

—¡Felicidades, Tillie! —contestó Baxter.

De pronto, la barca dio un pequeño bandazo y Baxter perdió el equilibrio. Para no caer, buscó un asidero, que resultó ser la camiseta de Thomas. Pero el impulso resultó muy fuerte y la prenda se rasgó hasta la cintura, dejando al descubierto la mayor parte de la espalda.

—¡Oh, cuánto lo siento…! No tengo práctica…

—No se preocupe —sonrió Thomas—. Estas prendas son muy baratas, señor Baxter.

—Le compraré una nueva, señor Kyle.

El barquero se puso rígido. Redujo gas y la motora perdió velocidad. Lentamente se volvió hacia su pasajero, sosteniendo la rueda con la mano derecha. La izquierda fue alternativamente del labio a la oreja, mientras sus ojos escrutaban penetrantemente al hombre que había pronunciado aquel nombre.

—No le he oído bien —dijo.

Baxter sonrió.

—Al fin, míster Kyle ha contestado —dijo—. El lunar bajo el

omoplato izquierdo, el tic de pellizcarse el labio inferior y la oreja izquierda alternativamente…

Tillie había girado sobre sus posaderas y contemplaba estupefacta a los dos hombres.

—Él… —dijo.

—Sí, preciosa. Míster Kyle, el hombre que contrató a tu esposo… y a uno de sus globos.

Kyle se volvió hacia la mujer.

—¿Es la esposa de Charlie Dovan? —preguntó.

—Sí, la misma —confirmó Baxter.

—Lo siento, señora. Yo no quería matar a su esposo —dijo Kyle. Había detenido por completo el motor de la barca y ésta se balanceaba, suavemente, en un mar espejeante.

—Bueno, el mundo no perdió tanto… —dijo Tillie—. ¿Cómo sucedió?

—Cuando estábamos en la barquilla, su esposo sacó una pistola y quiso atracarme. Pensó quizá que yo huía con una gran suma de dinero… y estaba terriblemente equivocado. Peleamos, hubo un forcejeo y el arma se disparó. Tuve que arrojar su cuerpo fuera de la barquilla. Lo siento, sólo trataba de defenderme.

—¿*Y* después? —preguntó Baxter.

—Bueno, tomé tierra en un lugar solitario, no demasiado lejos de donde yo había preparado todo para mi huida. Abandoné el globo, recogí algunas cosas y me vine aquí, bajo una nueva identidad. Claro que antes dejé pasar algún tiempo para que me creciera un poco el pelo y la barba… En Silver Sands no se preocupan mucho de los forasteros. Yo había estado aquí hacía tiempo y sabía que era el lugar perfecto para ocultarme. Pero ¿cómo ha sabido usted lo del lunar y el tic nervioso, señor Baxter?

—Eleanor Farnhaddan —sonrió el joven.

—¡Ah, comprendo! Usted la buscó…

—Sucedió todo lo contrario. Ella vino a verme, porque se acerca el plazo en que se hará la solicitud de declaración de muerte legal. Naturalmente, alguien se llevará el botín… y Angie quedará en la calle.

Los ojos de Kyle se entornaron.

—¿Cómo llegó a suponer que yo había escapado en un globo?

—Bueno, si no había salido por la puerta, ni se había descolgado de su cuarto con una cuerda, ni tampoco se había oído el ruido de un helicóptero… Sam Taylor, el jardinero, me dijo que aquella noche había visto una luz roja y oído una especie de rugido lejano que provenía de lo alto. El rugido y la luz roja eran ocasionados por el mechero de gas que proporcionaba aire caliente al globo que pilotaba

Dovan.

—Sí, es cierto. Su terreno de exhibición se encontraba a menos de una milla de mi casa y yo había hablado tiempo atrás con él, después de prepararlo todo. Sólo faltaba esperar una noche de viento favorable.

—Y Dovan fue con el globo, dejó caer una escala y usted trepó hasta la barquilla. Dovan, a continuación, hizo funcionar el mechero a toda potencia, para aumentar la fuerza ascensional del aerostato, ¿no es así?

—Así ocurrió, en efecto.

Tillie se sentía pasmada.

—¡Jamás habría sido capaz de imaginarme una cosa semejante! —exclamó—. Señor Kyle, usted era, es todavía, relativamente joven... y estaba podrido de dinero, valga la expresión. ¿Por qué lo abandonó todo?

Kyle sonrió.

—Lo tenía todo, en efecto, y todo lo abandoné —respondió—. Sufrí una crisis... digamos de conciencia... ¿Para qué tanto dinero? ¿Por qué esforzarme en trabajar como un esclavo, sólo para acumular riquezas, que no iban a proporcionarme más comodidades ni lujos que los que ya tenía y que, en cambio, empezaban ya a ahogarme, como si vistiese una armadura de oro puro que fuese estrechándose de día en día? Tenía dos socios que dirigían magníficamente los asuntos; nada cambiaría con mi ausencia.

—Y un día, levantó el vuelo y dijo: «Ahí queda eso» —rió Tillie.

—Sí, en efecto —convino Kyle.

—Pero entre lo que quedaba, había dos mujeres, una de ellas, Angie, su propia hija, y Eleanor, la enamorada callada, que lo daría todo por usted... ¿No le parece que fue un comportamiento un tanto egoísta?

Kyle asintió.

—Lo sé —repuso—. Pero en aquellos momentos, yo deseaba serenarme, conseguir la tranquilidad y la paz de espíritu que los negocios me hacían perder cada día con mayor rapidez. Tenía que romper todas las ataduras, compréndalo. Claro que entonces pensaba que un día volvería y les contaría lo sucedido... pero el tiempo fue pasando y yo me encontraba aquí mejor día a día... Es una especie de *nirvana,* ¿comprende?

—Sí, la vida absolutamente placentera, sin sentir deseos de ninguna clase, ni penas, ni alegrías... Pero eso puede dañar también a los seres queridos, señor Kyle.

—Lo admito. —Kyle suspiró—. Aquí vivía maravillosamente. Tengo buenos amigos, salgo a pescar cuando me parece, de cuando en cuando alquilo mi lancha a los escasos turistas que vienen por Silver

Sands, como ustedes... No me falta un lecho para dormir ni un plato de comida... Y ahora, tendré que renunciar a todo...

—Señor Kyle, hay una solución —dijo Baxter—, Usted puede volver a esta vida, aunque sea en compañía de la señora Farnhaddan quien, si no me equivoco, no tendrá ningún inconveniente en llamarse Thomas en lo sucesivo.

—¿Cuál es la solución? —preguntó Kyle ávidamente.

—Diga en Silver Sands que tiene que hacer un viaje por cuestión de una herencia, cosa, en realidad, rigurosamente cierta. Aféitese, recobre su aspecto normal, vuelva a Nueva York, solucione todos los problemas... y luego deje pasar un par de meses y regrese aquí con la barba y el pelo crecidos de nuevo. Míster Kyle volverá a desaparecer, aparentemente, para un largo viaje de recreo, pero, en realidad, para recobrar la personalidad de Will Thomas. Con su nueva esposa, claro. Angie, por supuesto, será discreta y también callará.

Kyle volvió a pellizcarse el labio y la oreja.

—Sí, es una buena solución —convino—. Señor Baxter...

—Budd —indicó el joven sonriendo.

—Muy bien, Budd. Tiene que contarme muchas cosas. No puedo volver a Nueva York, ignorante de lo sucedido...

—Por supuesto. Oiga, usted suele llevar una nevera portátil con bebidas frescas para sus pasajeros.

Kyle se echó a reír.

—Sí, creo que unas cervezas nos sentarán muy bien. —miró a Tillie y dio un codazo a Baxter—. ¿Su... secretaria?

—Secretaria viene de secreto... y ella sabrá guardarlo —contestó Baxter, maliciosamente.

—Y no le haré el menor reproche por la muerte de Charlie —añadió Tillie.

Media hora más tarde, Kyle estaba enterado de todo lo sucedido. Cuando Baxter terminó su relato, Kyle, hondamente preocupado, exclamó:

—Pero, ¿no tiene usted la menor idea de la identidad de la persona que ha planeado semejante conspiración?

—Sí —respondió Baxter—. Lo que pasa es que, antes de hacer nada, debo probarlo.

—No resultará fácil —dudó Kyle.

—Pero tengo que intentarlo —dijo el joven resueltamente.

CAPÍTULO XII

Marvin Sangster abrió la puerta y se sorprendió enormemente al reconocer a su visitante.

—¿Qué diablos quiere? —preguntó de mal talante—. Si necesita algo de mí, vaya mañana a mí bufete.

—Lo que tengo que decirle no puede esperar tanto —contestó Baxter, a la vez que empujaba a Sangster a un lado—. Y, además, tiene que oírlo también otra persona.

—¿Quién?

El sonido de los frenos de un coche llegó en aquel momento hasta la puerta, que todavía permanecía abierta. Baxter saltó a un lado, para ocultarse de la persona que conducía el automóvil, cuyos tacones repiquetearon sonoramente a poco en el encintado del sendero que conducía a la casa.

—¡Marvin! ¿Qué es lo que sucede? —gritó Susan McDerry—. ¿Por qué diablos me llamas a estas horas?

El abogado se ahogaba. Baxter cerró la puerta. Susan oyó el ruido y se volvió en el acto.

—¡Ah, es usted! —dijo, con una mueca de desprecio.

—Yo mismo —confirmó el joven—. ¿Ha venido a recoger las braguitas que se dejó el otro día cuando salió corriendo para evitar que la viese, después de su sesión erótica con este viejo que tiene un pie en la tumba?

Los ojos de Susan centellearon malignamente.

—Ha estropeado mis planes, pero no le dejaré vivir. No dejaré que se marche, para que lo cuente todo y destruya la mejor operación financiera que se ha planeado en este país durante muchos años.

—Sí, una operación financiera, acompañada de muertes *y* asesinatos. Y todo ello para conseguir la declaración de muerte legal de un hombre cuya fortuna pasaría a sus manos... por herencia, claro, después del fallecimiento de su padre. Me extrañó mucho que el señor McDerry no sufriese el menor daño, cuando todo parecía indicar que iba a morir asesinado como su socio Owsling, pero una vez me enteré de su enfermedad, que no le dejará ya vivir mucho tiempo, comprendí la verdad. —Baxter meneó la cabeza—. Teme que el señor McDerry no disfrute mucho de su merecido retiro, ¿verdad, Susan?

—¿Qué pruebas tiene contra mí? —exclamó ella orgullosamente.

—Quizá no encuentre esas pruebas, pero, en todo caso, no es lo más importante. Owsling murió y su asesino le siguió unos segundos después, cuando usted, que lo esperaba en el coche, le llenó el cuerpo de plomo. Johnny era un pobre ingenuo, capaz de hacer por usted

cualquier cosa… incluso asesinar. Pero Johnny ignoraba la clase de persona que era usted. De lo contrario, habría salido corriendo hasta llegar a los antípodas. En realidad, tuvo que utilizarlo porque era el único que podía hacerlo. Ya no podía contar con Kaspar, a quien usted misma asesinó, seguramente porque sus pretensiones se habían hecho exorbitantes… o tal vez porque le pidió algo que no estaba dispuesto a conceder, como, por ejemplo, una participación en el botín. ¿Fue Kaspar, por indicación suya, el que mató a Fetherman, para comprometer a Angie?

Susan asintió en silencio.

—Era un golpe bien planeado —continuó Baxter—. Angie no habría probado jamás que era la hija de Kyle, porque el testamento había desaparecido. Una vez conseguida la declaración de muerte legal de Kyle, los negocios pasaban a poder de los dos socios, pero si moría Owsling, sin herederos, McDerry recibiría todo… y como a su padre ya no le quedan muchos meses de vida, es obvio que usted lo heredaría todo. No había testamento, Eleanor no era la esposa de Kyle, la hija no iba a ser reconocida… Un plan perfecto, Susan; debo admitirlo.

—Algo ha fallado —dijo la joven—. ¿Qué fue, Budd?

—Eleanor vino a consultar a Sangster, quien le indicó buscase un detective. Pero usted ya se había puesto en campaña y decidió que no le convenía que nadie husmease en un asunto que ofrecía tan agradables perspectivas. El mismo día en que Eleanor consultó a Sangster, usted empezó ya a reclutar colaboradores. Posiblemente, Fetherman le indicó nombres; debía de conocer a bastante gente, empezando por Kaspar, antiguo empleado suyo, un hombre que se había ocupado de mantener el orden en el local. Pero Fetherman ignoraba que su antiguo colaborador iba a asesinarle para que Angie cargase con las culpas… Bueno, todo esto lo sabe usted mucho mejor que yo. De todos modos, la confirmación de mis sospechas llegó cuando un tipo llamado Downie me dijo que había cobrado cinco mil dólares por liquidarme.

—¿Puede probarme que le pagué yo? —preguntó ella, desafiante.

—He hablado con su padre. El cheque que le dio hace días era de cinco mil dólares. Downie era ya su último y desesperado recurso.

La cara de Susan se puso gris.

—¡Todo eso no constituye ninguna prueba definitiva! —exclamó.

—No, no hay pruebas, aunque es posible que, con el tiempo, aparezcan. Lógicamente, la policía sigue investigando y acabará encontrando esas pruebas. Pero lo más importante de todo es que tus planes se han frustrado por completo.

Baxter se volvió hacia el abogado, que permanecía completamente callado, abrumado por la situación.

—Sangster, usted se dejó persuadir por esta joven sin escrúpulos —acusó—. ¡Oh, no lo hizo por dinero!; usted está bien situado económicamente… pero ella tiene algo mejor que los billetes de Banco: un cuerpo muy hermoso, lo que es capaz de convencer sin demasiados esfuerzos a un hombre ya viejo, aunque todavía con ciertas ansias de disfrutar de la vida. ¿Qué hicieron del testamento? ¿Lo quemaron?

—Ella… lo tiene… —tartamudeó Sangster.

—Lo quemé —declaró Susan, fríamente—. Y le costará mucho probar que yo tuve algo que ver con todo lo sucedido. Se producirá la declaración de muerte legal de Kyle…

—¿De veras, Susan?

La joven se volvió. Kyle, con un aspecto magnífico, rebosante de vitalidad, acababa de aparecer en la puerta.

Sangster, incapaz de mantenerse en pie, se derrumbó sobre un sillón.

—¡Dios mío! *¡Él!* —murmuró.

Susan estaba lívida. En un instante, comprendió que todos sus planes se habían derrumbado.

—Tarde o temprano se sabrá que, por lo menos, usted mató a Johnny —dijo Baxter, implacable—. Y eso será suficiente para que la encierren durante el resto de sus días.

Hubo un instante de silencio. Baxter advirtió que la mano de Susan se introducía en el bolso que pendía de su hombro derecho.

—Marvin —dijo Kyle—, me traicionaste miserablemente. A tus años, querer portarte como un jovenzuelo…

De súbito, Susan sacó la mano, armada con una pistola.

Baxter saltó a un lado. Susan giró también, pero, en el momento en que el tiro salía, Baxter se inclinó y la bala alcanzó otro blanco.

Sangster se incorporó convulsivamente, a la vez que lanzaba un terrible chillido. Susan se desconcertó un instante, momento que aprovechó Baxter para golpearle la muñeca con el canto de la mano y hacer que la pistola saltara por los aires. Luego, antes de que la joven se recobrase, la golpeó en el estómago, dejándola sentada en el suelo, sin aliento y con los ojos llenos de lágrimas de furor e impotencia.

El abogado se desplomó de bruces. Baxter apartó la pistola de un puntapié.

—Susan, la muerte de Sangster puede ser considerada, quizá, como un accidente. No la culparán de los otros asesinatos… pero sí la acusarán de la muerte de Johnny, cuando comparen las balas encontradas en su cuerpo con la que ha matado a Sangster.

Kyle avanzó unos pasos.

—Creo que es preciso llamar a la policía —dijo.

—Sí, llámela —asintió Baxter.

Más tarde, cuando todo hubo terminado, Kyle se enfrentó con el joven.

—Budd, ¿qué le debo? —preguntó.

Baxter sonrió.

—Lo dejo a su conciencia —respondió—. Pero le pediré que haga un préstamo a Tillie. Silver Sands le gustó y quiere montar allí una taberna.

—Tillie tendrá su taberna —prometió Kyle—. ¡Oiga! —exclamó de pronto—; quiero proponerle una cosa. ¿Por qué no acepta el cargo de apoderado de mis empresas? A Angie le conviene un hombre honesto...

Baxter se encaminó hacia la puerta.

—Busque a otro, míster Kyle —se despidió.

* * *

Unas semanas más tarde, Baxter recogió una carta, en la que había un cheque por una suma muy sustanciosa, cheque que enseñó de inmediato a Gray.

—Para que veas que no todo son gastos —dijo.

—Lo celebro infinito. Envíalo y lo ingresaré en la cuenta —contestó Gray.

—De acuerdo, Denis.

—¡Ah, espera un instante! Los periódicos acaban de lanzar una edición especial. ¡Mira! Gray puso delante de la cámara la primera página de un periódico en el que se leía, con gruesos caracteres:

¡MISTER KYLE DESAPARECE DE NUEVO!

Baxter se echó a reír.

—Ahora llamarán a su casa... y míster Kyle no contestará —dijo.

—Pero tú sabes dónde está.

—Sí, claro. Aunque ahora ya no es necesario que lo busque de nuevo.

Baxter pensó en el señor y la señora Thomas, que iban a instalarse para siempre en aquella plácida aldea de pescadores, y los envidió muy sinceramente. Apagó el televisor y salió del cuarto de comunicaciones.

Koye salió a su encuentro.

—Señor, ha llamado la señora Fetherman —informó—. Quiere hablar con usted. Desea que vaya a su casa esta noche, para una cena íntima...

Baxter pensó en la lujosa mansión, que era ahora la residencia de

Angie, y pensó también en un enorme comedor, alumbrado por las velas y las llamas de la chimenea. Se imaginó la cena, servida por un rígido mayordomo... ¿Sabría acostumbrarse Angie a aquel género de vida? ¿Volvería a los escenarios?

Era un problema que ya no le concernía en absoluto. Y no deseaba complicarse la vida con una aventura amorosa, aunque fuese con una chica que, en tiempos pasados, habría sido considerada como una de las *princesas del dólar*.

—Señor, ¿qué le digo? —insistió Koye.

—Dile sencillamente: míster Baxter no contesta.

El criado soltó una risita.

—Entonces tendré que decirle lo mismo a la señora Dovan —y luego exclamó—: ¡Ah!, Ha llamado también. Dice que el mes próximo inaugura su taberna en Silver Sands, que se llamará Tillie's Spring, y que le gustaría que usted asistiera a la fiesta de inauguración. ¿Qué le digo, señor?

Baxter sonrió.

—Lo mismo que a la señora Fetherman, Tim.

—Míster Baxter no contesta.

—Exactamente.

Hubo una corta pausa. Luego, Koye preguntó:

—¿Algún nuevo caso en perspectiva, señor?

Baxter movió la cabeza lentamente.

—Por ahora, no; aunque pienso que no tardaré en ponerme en campaña nuevamente.

Puede que sea una frase sobada, pero ello no invalida su certeza: *el mal no descansa.*

—Y es preciso combatirlo, señor.

—Lo mejor que se pueda, Tim. ¿Sabes?, puede que me tome unas vacaciones.

—¿Dónde, señor?

Baxter pensó en una larga playa de arena blanquísima. Por las noches, con la luna llena, aquella arena parecía de plata pura. Por eso la aldea había recibido un nombre enteramente adecuado: Silver Sands.

—En un lugar donde hay paz y tranquilidad y la gente no le abruma a uno ni le pregunta de dónde viene ni adónde va —contestó.

F I N

BRIGITTE «BABY» MONTFORT

la mundialmente famosa agente conocida como *la espía «Baby»,* *surgida de la*
fecunda pluma de LOU CARRIGAN
el afamado escritor que tantos éxitos lleva cosechados en el transcurso de su carrera literaria es presentada, a *hora, por* EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
a *los numerosos lectores que la honran con su adhesión,* a *través de su colección:*
ARCHIVO SECRETO APARICIÓN SEMANAL Reserve su ejemplar. Precio 30 pts.